

EL PERFIL DIFERENCIAL DE LA ESCALA DE VALORES DE LA INSTITUCION MILITAR (*)

Por FRANCISCO FERNANDEZ SEGADO

SUMARIO

1. INTRODUCCIÓN: A) *Los sistemas de valores. Su dinamicidad.* B) *Cambio sociocultural y cambio de valores.* C) *Aproximación sucinta al cambio de valores en España.*—2. LA INSTITUCIÓN CASTRENSE EN UN MUNDO EN CONSTANTE PROCESO DE CAMBIO. LA PROFESIONALIZACIÓN.—3. LOS NUEVOS RASGOS CARACTERIZADORES DE LA INSTITUCIÓN MILITAR.—4. LA ESPECIFICIDAD DE LA ESCALA DE VALORES DE LA INSTITUCIÓN ARMADA.—5. CRISIS VALORAL EN LA SOCIEDAD Y RESISTENCIA AL CAMBIO EN LA ESCALA DE VALORES DE LA INSTITUCIÓN MILITAR (**).

1. INTRODUCCION

A) *Los sistemas de valores. Su dinamicidad*

El término «valores» es verdaderamente ambiguo; por nuestra parte, no vamos a entenderlo en el sentido de una axiología filosófica, sino más bien

(*) Este trabajo está redactado tomando como punto de partida la Ponencia que, bajo el mismo rótulo, presenté al II Congreso de Sociología celebrado en Santander (septiembre 1984), dentro del área temática «Sociedad civil y Fuerzas Armadas».

(**) Para la elaboración del presente estudio se ha prestado una atención preferente —en lo que al pensamiento de los miembros de la profesión militar en España se refiere— a la revista *Reconquista*, habiéndose atendido al análisis de la revista en su tercera época (números 339, junio 1978, a 409, noviembre 1984), sin que de tal circunstancia deba necesariamente inferirse que tal revista (que se define como de pensamiento militar) es considerada por el autor como la única representativa del pensamiento militar español actual.

en el sentido de «valores sociales», comprendiendo con esa expresión, tal y como hace Raes (1), lo que en una sociedad concreta y observable se piensa, admite, reconoce y recomienda como digno de estima y lo que, por tanto, orienta de hecho las interacciones sociales o es susceptible de explicar las opciones y las decisiones de los actores sociales.

En todo caso, los valores no son equivalentes a la conducta, pues aquéllos tienden más bien a configurarse como un estado mental, mientras que toda conducta entraña una acción de uno u otro tipo (2). Parsons (3) los considera como «direcciones de acción» más que como objetivos, mientras que para Meyer un valor es un caso especial de actitudes (4).

La ilación entre los valores de una persona o de un grupo constituye su sistema, llamado a veces escala de valores. La colocación, ordenación y aun exclusión de los valores se hace alrededor de un valor clave o de un conjunto de valores principales asociados. Son, se afirma (5), valores estructurantes a cuyo alrededor se perfila un sistema de valores; y es que aquellos valores se constituyen en los más importantes en la jerarquía o escala de valores. Vienen a conformarse incluso como el fundamento de la coherencia y de la continuidad sociales.

Estos «valores sociales», en cuanto afectan a la personalidad individual y en cierto modo son maneras de vivir con los demás seres humanos en sociedad, deben estar basados, tal y como significara Parsons (6), en un triple fundamento:

a) En sus creencias existenciales acerca del mundo. En este nivel, *la justificación de los valores* nos lleva más allá del conocimiento empírico, adentrándose en los reinos de la religión y de la filosofía.

b) En sus necesidades motivacionales como personalidades. Es obvio que en este segundo nivel el valor se relaciona con el equilibrio de gratificación y privación, de éxito personal o frustración que lleva consigo el vivir de

(1) JEAN RAES: «¿Hacia un nuevo sistema de valores?», en *Revista de Fomento Social*, núm. 152, septiembre-diciembre 1983, págs. 341 y sigs.; en concreto, páginas 341-342.

(2) ROBERT E. DOWSE y JOHN A. HUGHES: *Sociología política*, Alianza Universidad, Madrid, 1975, pág. 68.

(3) TALCOTT PARSONS: *Estructura y proceso en las sociedades modernas*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1966, pág. 191.

(4) RUTH MEYER: «Cambio de valores en la población suiza», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 7, julio-septiembre 1979, págs. 7 y sigs.; en concreto, pág. 9.

(5) JEAN RAES: *Op. cit.*, pág. 342.

(6) TALCOTT PARSONS: *Estructura y proceso...*, *op. cit.*, págs. 194 y sigs.

acuerdo con unos valores profesados o el no lograr vivir de conformidad con ellos, relación ésta que Parsons denomina *motivación de valores*.

c) En sus relaciones con los demás en la sociedad, esto es, en el contexto social. En este ámbito, la adscripción a unos valores vincula a un individuo en su situación social a un conjunto determinado de derechos y obligaciones que, a su vez, implica la participación o no participación de sus valores con otros y, desde este punto de vista, la existencia de valores que pueden ser considerados como comunes a los miembros de un sistema social (7).

El mundo de los valores es sumamente complejo y difícil de medir. De otro lado, es un mundo dinámico, que cambia y evoluciona. Se ha hablado de una historicidad de los valores (8), queriéndose subrayar con ello que aun los valores tenidos como absolutos cambian en su plasmación, esto es, en las mediaciones sociales que permiten captarlos y expresarlos.

En cierto modo, tal historicidad podría encontrar un punto de engarce con la «historicidad» de la misma sociedad humana a que se refiere Dahrendorf (9) cuando, sobre la base de que nadie sabe todas las respuestas, por lo que cada respuesta sólo puede ser exacta en parte y en un momento determinado, conecta esa imposibilidad de conocimiento de la sociedad perfecta con la historicidad de la sociedad humana, esto es, con la tendencia constante de toda sociedad a la búsqueda de nuevas soluciones.

En todo caso, esta dinamicidad de los valores cobra una trascendental importancia si se tiene presente que, como se ha afirmado (10), todo pueblo se siente identificado con un sistema de valores, un modo de entender la vida y el mundo, que es compartido y que le da el sentido de integración verticalmente en la coordenada de la historia y horizontalmente en la de la convivencia presente. Y es que una dinámica evolutiva que quiebre frontalmente con ciertos valores centrales o estructurantes del sistema en un pueblo determinado, podrá actuar como un elemento verdaderamente disfuncional en la dinámica propia de ese pueblo o sociedad.

(7) A este aspecto lo llama PARSONS (*op. cit.*, pág.195) «legitimación de la acción social», entendiendo por tal legitimación la valoración de la acción según los valores comunes o participados según la importancia de la acción en el sistema social.

(8) ANTONIO BLANCH: «La inversión de los valores en la cultura contemporánea», en *Razón y Fe*, núm. 984, enero 1980, págs. 48 y sigs., en concreto, pág. 59.

(9) RALF DAHRENDORF: *Sociedad y libertad*, Tecnos, Madrid, 1964, pág. 122.

(10) EDUARDO BASELGA: «Análisis del cambio social», en el colectivo *Configuración de la sociedad futura*, Ediciones Mensajero, Bilbao, 1977, pág. 38.

B) *Cambio sociocultural y cambio de valores*

La estructura social es, como pone de relieve Murillo (11), esencialmente dinámica; una consideración estática de la misma sería una pura abstracción; bien al contrario, la estructura social implica de suyo un juego, un trasiego permanente de sus elementos y relaciones. Como se ha dicho, las sociedades contemporáneas están dominadas por el problema del cambio social (12).

Mucho se ha discutido acerca de las variables que inciden en el cambio social, y especialmente controvertida es la cuestión de la conexión entre cambio cultural y cambio social, esto es, entre cambio de los sistemas simbólicos y cambio de las estructuras sociales. Partiendo de la base de que en todo cambio social se da una interconexión entre una multiplicidad prácticamente indeterminada de factores, todos los cuales, en mayor o menor medida, son afectados por el cambio e influyen en él (13), parece obvia la biunivocidad de la relación existente entre cambio social y cultural, y resulta evidente asimismo que todo cambio social va a incidir significativamente sobre los valores vigentes en una sociedad; no en vano el cambio valoral es uno de los aspectos más trascendentes del cambio cultural en su conjunto (14). Y como al respecto se ha escrito (15), en todo cambio social se advierten fundamentalmente estos tres elementos de máximo interés: *a)* la alteración de los modelos de las relaciones interpersonales; *b)* la modificación de las principales estructuras sociales, y *c)* el cambio en los significados y valores de una sociedad. Y de ese tríptico de elementos es posible que el de mayor trascendencia sea el cambio de valores.

Desde luego, como advierte Parsons, ningún sistema de valores está jamás perfectamente asimilado e institucionalizado (16); su manifestación es diferente en las diversas personalidades y subcolectividades de la sociedad; no en vano hay una división grupal dentro de cada sociedad y es obvio que desde que el individuo se incorpora a un grupo empieza a desarrollar ideas, creencias, normas y valores en comunidad con otros miembros del grupo (17).

(11) FRANCISCO MURILLO FERROL: *Estudios de sociología política*, Tecnos, Madrid, 1963, pág. 139.

(12) JEAN-PIERRE COT y JEAN-PIERRE MOUNIER: *Sociología política*, Editorial Blume, Barcelona, 1978, pág. 85.

(13) FRANCISCO MURILLO FERROL: *Op. cit.*, pág. 143.

(14) RUTH MEYER: «Cambio de valores en la población suiza», *op. cit.*, pág. 7.

(15) VICTORINO ORTEGA: «El cambio de valores en España», en *Revista de Fomento Social*, núm. 152, octubre-diciembre 1983, págs. 363 y sigs., en concreto, páginas 374-375.

(16) TALCOTT PARSONS: *Op. cit.*, págs. 192-193.

(17) ROBERT E. DOWSE y JOHN A. HUGHES: *Op. cit.*, pág. 85.

Sin embargo, todo ello no es óbice para que, en un momento dado, pueda constatarse la existencia de una etapa de transición y aun de profunda mutación en el sistema valoral. Y, precisamente, vivimos en un momento en el que bien puede apuntarse que los logros de la sociedad industrial, unidos al decisivo influjo de la actual crisis, han originado un cambio, si no en los valores, por lo menos en su escala; se ha llegado incluso a hablar de un cambio profundo en la propia estructura mental de nuestros contemporáneos (18).

Recientemente ha aparecido un estudio de Stoetzel (19) realizado en nueve países europeos sobre los valores morales, sociales, políticos, educativos y religiosos de los europeos, basado en una encuesta por sondeo realizada a lo largo del año 1981. No vamos aquí a entrar en un análisis de los resultados (20); sí destacaremos, no obstante, alguna de las conclusiones más relevantes.

Lo primero que se aprecia en el citado estudio es que existen síntomas claros de un cambio importante en la moralidad de los europeos y que este cambio posiblemente empezó hace ya treinta o cuarenta años (21). Resulta significativo constatar que aquellos valores que los europeos de hoy desean inculcar a sus hijos, o desearían que se inculcasen a las generaciones venideras, son más bien valores morales de tipo social que valores morales individuales, lo que parece conectar con lo que puede ser otra de las conclusiones más sintomáticas del estudio: la de que se ha operado un claro corrimiento de valores, de suerte que hay un mayor rigor en juzgar comportamientos contrarios a la moral social y una cierta permisividad o laxitud en juzgar comportamientos de una moral más personal (22).

En cuanto a los valores y comportamientos religiosos, que, como es sabido, gozan de una extraordinaria relevancia en la orientación global de la propia sociedad, pues, como Parsons (23) indicara, el desarrollo espontáneo de una importante orientación hacia los valores desde dentro de una sociedad se expresa siempre en su tradición religiosa, que por eso constituye un

(18) JEAN RAES: «¿Hacia un nuevo sistema de valores?», *op. cit.*, pág. 341.

(19) JEAN STOETZEL: *¿Qué pensamos los europeos?*, Editorial Mapfre, Madrid, 1983.

(20) Puede verse, al respecto, PEDRO FERRER PI: «Europa y sus valores», en *Revista de Fomento Social*, núm. 153, enero-marzo 1984, págs. 55 y sigs., y núm. 154, abril-junio 1984, págs. 163 y sigs.

(21) PEDRO FERRER PI: *Op. cit.*, págs. 55-56.

(22) PEDRO FERRER PI: *Op. cit.*, pág. 58. Precisamente, advierte este autor, en la permisividad con relación al sexo y a comportamientos relacionados con la droga, con la retención del dinero encontrado y quizá también con el suicidio, es en donde se tienen muestras más claras del cambio de valores que está teniendo lugar en Europa.

(23) TALCOTT PARSONS: *Op. cit.*, pág. 151.

índice importante y determinante parcial de sus valores; pues bien, respecto a aquellos valores, se llega a la conclusión de que la religión hoy todavía representa algo en Europa, bien que, desde luego, la idea que la sociedad europea occidental se hace hoy de la religiosidad y de la fe cristiana está todavía mucho más asociada al conformismo, a unas prácticas estables, a unas creencias de un contenido predominantemente intelectual o racional que a una opción por unos ideales de hacer una sociedad más solidaria, justa y fraternal (24).

Europa, en definitiva, padece hoy de cierto «cansancio histórico», al margen de que pueda apreciarse en ella una clara pérdida de su identidad (25). Desde este punto de vista, no puede extrañarnos que en el ámbito de la cultura contemporánea se haya detectado una auténtica inversión de valores. Y así, mientras se rechazan los valores racionalistas, los valores de dominación y los valores que culpabilizan, se desea instaurar una primacía de los valores vitales y personalistas, aspirándose valorativamente hacia una utópica inocencia y pureza (26).

Esta transvaloración se ha intentado explicar atendiendo al proceso de secularización de la sociedad. En la sociedad secularizada, se afirma (27), se institucionalizan sistemas morales diferentes según criterios de funcionalidad, y el individuo cae en el torbellino de la competencia y de las exigencias de lealtad de los diversos sistemas, y el sistema que vencerá será probablemente el que, al tener el mayor grado de institucionalización, ofrezca las mejores perspectivas de gratificación.

En todo caso, lo que desde luego hoy se presenta como cierto es que ha habido en las sociedades occidentales una verdadera ruptura de los marcos de referencia valorativos; cada cual entiende a su manera conceptos como los de libertad, honor, intimidad, bien común, con lo que resulta muy difícil la convivencia a todos los niveles, desde el familiar al político; y es que, como se ha apuntado (28), cuando fallan los *Grundwerte*, esto es, los valores fun-

(24) PEDRO FERRER PI: «Europa y sus valores», *op. cit.*, págs. 58-59 y 167.

(25) PEDRO FERRER PI: *Op. cit.*, págs. 171-172.

(26) Cfr. al respecto ANTONIO BLANCH: «La inversión de los valores en la cultura contemporánea», *op. cit.*, págs. 52-58.

(27) PETER SCHRÖDER: «Secularización y cambio de valores en Alemania», en *Revista de Fomento Social*, núm. 152, octubre-diciembre 1983, págs. 349 y sigs., en concreto, pág. 350. El resultado de esta forma secular de organización de la sociedad es, según el propio autor (pág. 351), por una parte, una gran variabilidad del sistema social y, por otra, una fuerte inestabilidad de los valores y de los modelos de comportamiento del individuo.

(28) ANTONIO BLANCH: «La inversión de los valores...», *op. cit.*, pág. 48.

damentales, es muy difícil llegar a un consenso social sobre lo que debe protegerse y lo que, por contra, debe ser desechado.

C) *Aproximación sucinta al cambio de valores en España*

Si atendemos al ya referido estudio de Stoetzel y, dentro del mismo, prestamos específica atención a España y a su sistema de valores vigente, se advierten, en comparación con otros países europeos, tres notas características: a) un mayor índice de religiosidad; b) un elevado índice de permisividad moral, que es ya el «índice promedio» de permisividad en toda Europa, y c) una cierta orientación hacia valores «tradicionales o preindustriales» (29). De todo ello parece deducirse la coexistencia en la sociedad y en las personas de «valores tradicionales» y «valores nuevos», coexistencia que, desde luego, es anterior al cambio político.

Respecto del factor «religión», puede afirmarse que los procesos de modernización de la sociedad española han causado desplazamientos de la posición social de lo religioso. En la esfera pública, la sociedad española parece orientarse hacia una institucionalización laica, es decir, según códigos no religiosos (30). De otro lado, y si atendemos a los cambios culturales emergentes y a su relación con lo religioso y nos centramos en nuestra juventud, vemos cómo lo religioso apenas hace aparición en el discurso juvenil. Sí que se detecta, en cambio, la presencia de lo que se ha denominado «religioso implícito», esto es, los jóvenes elaboran una moralidad en los distintos campos de sus prácticas. Su discurso organiza los comportamientos ideales en función de valores que se jerarquizan por referencia a aspectos no trascendentes; sus contenidos hacen referencia a la autonomía de la persona, la autorrealización como derecho a «ser uno mismo» y expresarse... (31). Y es que, como se ha destacado (32), el «libertarismo», entendido como rechazo de autoridad, contestación, minusvaloración de reglas y convenciones, permisividad sexual, etc., es una de las corrientes socioculturales que guían

(29) Cfr. al respecto VICTORINO ORTEGA: «El cambio de valores en España», en *Revista de Fomento Social*, núm. 152, octubre-diciembre 1983, págs. 363 y sigs., en especial, págs. 366-374.

(30) FRANCISCO MURILLO FERROL, MIGUEL BELTRÁN VILLALBA y otros: *Informe sociológico sobre el cambio social en España. 1975-1983*, Fundación FOESSA, Ed. Eura-mérica, Madrid, 1983, pág. 633.

(31) *Ibidem*, pág. 619.

(32) FRANCISCO ANDRÉS ORIZO: «Perspectivas de cambio sociocultural en España», en *Revista de Juventud*, núm. 3, 1980, págs. 68 y sigs. Cit. por PEDRO FERRER PI: «Valores y juventud española», en *Razón y Fe*, núms. 1030-1031, julio-agosto 1984, páginas 46 y sigs.

a la juventud española. Desde este punto de vista, no parece del todo extraña la conclusión final a que se ha llegado en el último Informe FOESSA en torno al discurso juvenil, que, en lo que atañe a lo religioso, parece revelar que dentro de él la institución eclesiástica se ha «profanizado», en el sentido de que ha dejado de transmitir significantes sacros; esto es, jerarquizadores últimos de los valores que organizan las conductas juveniles (33).

De otro lado, es asimismo significativo el hecho de que cada día aumentan más, especialmente entre los jóvenes, los que se autocalifican como «católicos por libre», lo que, por lo menos, significa una desvinculación fáctica de determinadas instituciones religiosas y la búsqueda de grupos donde encuentren cabida sus aspiraciones y opciones (34).

Pero aún hay algo más. Del hecho de que España presente una religiosidad superior a la media de otros países europeos, así como que los españoles, en su mayoría, estén bautizados, se declaren católicos y pidan enseñanza religiosa para sus hijos, no se sigue una praxis religiosa coherente. Esa incoherencia resulta aún más chocante en el alto grado de permisividad moral a que se ha llegado en nuestro país.

Esta permisividad, revestida de la necesidad de «libre expresión del 'yo'», se hace muy patente en la juventud, que se inclina por el derecho a ser diferente, empeñándose por serlo y por aparecer como tal; se muestra partidaria del respeto a quienes son diferentes (minorías de todo tipo, marginados...) y se decanta en pro de todas las formas de expresión de la personalidad, aun de la misma «automanipulación», incluso a través de la droga (35).

También si se atiende a los indicadores de la evolución de la familia española en su funcionamiento (36), se puede apreciar con nitidez este cambio valoral, en puntos tales como el divorcio, la planificación familiar e incluso el aborto y, por supuesto, también en las relaciones padres-hijos, que han evolucionado con claridad desde posiciones «verticalistas» (autoridad/obediencia) hacia relaciones de tipo más «horizontal» (libertad/igualdad). Sin embargo, también parece evidente que en otros aspectos, como la igualdad de derechos entre hombre y mujer dentro del matrimonio y la consiguiente tipificación de roles entre ellos, la sociedad española sigue pensando de un modo mucho más tradicional que el resto de las sociedades europeas.

(33) FRANCISCO MURILLO FERROL y otros: *Informe sociológico sobre el cambio social en España. 1975-1983*, op. cit., págs. 619-620.

(34) VICTORINO ORTEGA: «El cambio de valores en España», op. cit., pág. 369.

(35) Cfr. al respecto FRANCISCO J. ALONSO TORRÉNS: «La juventud y la droga», en *Razón y Fe*, núms. 1030-1031, julio-agosto 1984, págs. 78 y sigs.

(36) Cfr. al respecto FRANCISCO MURILLO FERROL y otros: *Informe sociológico sobre el cambio social...*, op. cit., págs. 404 y sigs., en especial, pág. 417.

Finalmente, si pensamos que para la juventud la libre expresión del «yo» se proyecta hacia la «autorrealización», se puede entrever el rechazo de todo cuanto suponga resignación, sacrificio, deber...; el rechazo, por tanto, de toda autoridad; el desprecio por las reglas y convenciones sociales, etc. (37). Todo ello no hacer sino revelar el sustancial cambio en la escala de valores de nuestra juventud, que ha venido a postergar buena parte de los considerados como «valores tradicionales», y que no es sino una muestra, un tanto acentuada, del cambio de valores que se constata con cierta facilidad en el conjunto de nuestra sociedad. En este cambio, que ha supuesto el imitar modelos exteriores a nuestra sociedad, bien puede decirse con Parsons (38) que la ideología ha venido a ejercer funciones análogas a las de los movimientos religiosos en el caso de los cambios interiores de valores. Esto es, la ideología ha venido a legitimar los cambios en los valores y en la propia estructura institucional.

2. LA INSTITUCION CASTRENSE EN UN MUNDO EN CONSTANTE PROCESO DE CAMBIO. LA PROFESIONALIZACION

«The modern officer corps is a professional body and the modern military officer a professional man» (39). En estos términos formula Huntington la que puede ser considerada como tesis fundamental de su obra. Y es que, en efecto, uno de los rasgos más sustanciales de la transformación de los Ejércitos en las modernas sociedades ha sido la configuración de sus miembros como verdaderos profesionales especializados. Antes, estima Oehling (40), el Ejército se componía de paisanos encuadrados por nobles. Hoy se compone de obreros dirigidos por técnicos.

Las nuevas armas, los nuevos métodos de organización que aquéllas implican, la existencia de una estrategia bien diferenciada, las mismas previsiones de un nuevo tipo de guerra futura y, de modo general, la profunda evolución tecnológica de la sociedad y, particularizadamente, de los ejércitos, evolución que se ha hecho especialmente patente en lo que va de siglo, y de modo específico a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, han ejerci-

(37) Cfr. al respecto PEDRO FERRER PI: «Valores y juventud española», *op. cit.*, págs. 51-52.

(38) TALCOTT PARSONS: *Estructura y proceso...*, *op. cit.*, pág. 154.

(39) SAMUEL P. HUNTINGTON: *The Soldier and the State. The theory and politics of civil-military relations*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 5.ª impr., 1972, pág. 7.

(40) HERMANN OEHLING: *La función política del Ejército*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1967, pág. 58.

do un profundo influjo sobre la tradicional configuración de la institución castrense, y aunque, como advierte Janowitz (41), la imagen civil del militar profesional permanece firmemente anclada en el pasado, es lo cierto que su estilo de vida, su trabajo diario y sus aspiraciones cambian a la par que la tecnología de la guerra se transforma (42).

Fruto de todos estos cambios ha sido, pues, la profesionalización de los miembros de la institución militar. Si una profesión es un grupo caracterizado por unos específicos conocimientos y una particular destreza o habilidad, adquirida a lo largo de un intensivo estudio y entrenamiento, y que, a su vez, desenvuelve un peculiar sentido de identidad grupal (43), tales rasgos pueden evidentemente predicarse de los miembros de la institución castrense, bien que en ellos se den unas particularidades realmente significativas respecto a otras profesiones, que han movido a ciertos sectores a manifestar sus dudas acerca del carácter puramente profesional de los integrantes de la milicia (44).

Un análisis de la institución armada y de su evolución a lo largo de los últimos doce lustros ha revelado a Janowitz (45) cinco rasgos evolutivos que muestran las profundas transformaciones que la misma ha experimentado: en primer término, ha habido un cambio en las bases de la autoridad y de la disciplina en la institución militar; en segundo lugar, se ha producido una reducción de los conocimientos diferenciales entre la sociedad civil y la militar; en tercer término, se puede detectar un cambio en la extracción social de la oficialidad; en cuarto lugar, un crecimiento de la importancia conferida a los modelos profesionales, y, finalmente, es constatable una clara tendencia al adoctrinamiento político.

Quizá a la vista de las transformaciones expuestas no resulte extraño constatar que existe algún autor, cual es el caso de Sternberg (46), que llega a hablar de una auténtica *revolución militar*, experimentada por los ejércitos

(41) MORRIS JANOWITZ: *The Professional Soldier. A social and political portrait*, The Free Press Paperback, Macmillan, Londres, 4.^a impr., 1968, pág. 3.

(42) Si las anticuadas y oscuras concepciones acerca de la institución militar persisten es —en opinión de JANOWITZ (*op. cit.*, pág. 3)— «because civilian society, including the alert political public, prefer to remain uninformed».

(43) Cfr. al respecto A. M. CARR-SAUNDERS y P. A. WILSON: *The Professions*, Clarendon Press, Oxford, 1933.

(44) Me resulta muy difícil —manifiesta ENRIQUE JARNÉS BERGUA (en el prólogo a la edición española de la obra de AMOS PERLMUTTER *Lo militar y lo político en el mundo moderno*, Ediciones Ejército, Madrid, 1982, pág. x)— concebir un ejército pura y simplemente profesional, con aséptica dependencia del Estado.

(45) MORRIS JANOWITZ: *The Professional Soldier...*, *op. cit.*, págs. 7-12.

(46) FRITZ STERNBERG: *La revolución militar e industrial de nuestro tiempo*, FCE, México, 1961.

en su seno y que ha venido a dejar sin sentido muchas de las antiguas concepciones, a la vez que ha creado graves problemas de conciencia cuya resolución no es hoy completa. Como en análoga dirección advierte Oehling (47), existen axiomas militares que hoy parecen no darse en el hombre militar, especialmente comparando las épocas más recientes y próximas.

Y tan patente es esa revolución militar a la que alude Sternberg que se ha llegado a describir la historia reciente de la institución armada como la resultante de la pugna entre los *heroic leaders*, que personifican la tradición y el heroísmo del soldado de antaño, y los *military managers*, que están preocupados por la conducción científica y racional de la guerra (48).

La diferenciación antedicha es la consecuencia irrefutable de una mutación bien visible. El valor, la disciplina, la abnegación y el heroísmo han sido históricamente las cualidades más relevantes de todo soldado. Pero el militar profesional de nuestros días ha de ser administrador a la vez que héroe, ha de asimilar las modernas técnicas de gestión y administración, que son de aplicación a la estrategia (49). De ahí que mientras el *heroic leader* se configura como una perpetuación del guerrero arquetípico, personificando el espíritu marcial y el valor personal, el *military manager* refleja las dimensiones científica y pragmática del desarrollo de la guerra (50).

«The military professional —advierte Perlmutter (51)— in the industrialized state is highly skilled in the sciences of management», para añadir a renglón seguido que tal profesional participa conjuntamente con las autoridades del Estado no sólo en la determinación de la estrategia y en el mantenimiento de lo que Perlmutter llama la orientación jerárquico-burocrática, sino también en el trazado del perfil de la política de seguridad nacional. Como consecuencia de todo ello, los jefes militares, a todos los niveles, pero especialmente en los más elevados, se encuentran ahora encargados de dirigir y administrar una organización cuyo personal tiene unos conocimientos muy

(47) HERMANN OEHLING: *Valoración social de la ética militar* (trabajo inédito), pág. 10.

(48) MORRIS JANOWITZ: *The Professional Soldier...*, op. cit., pág. 21.

(49) Cfr. al respecto SAMUEL P. HUNTINGTON: «Power, expertise and the military profession», en *Daedalus*, núm. 92, 1963, págs. 785 y sigs.

(50) MORRIS JANOWITZ (en *The Military in the political development of new nations. An essay in comparative analysis*, The University of Chicago Press, Chicago, 1964, pág. 41) habla también del *military technologist*, aludiendo con tal denominación al militar interesado por la incorporación del desarrollo científico y tecnológico de la sociedad civil a la militar.

(51) AMOS PERLMUTTER: *The Political influence of the Military. A comparative reader*, en Amos Perlmutter y Valerie Plave Bennet (eds.), Yale University Press, New Haven y Londres, 1980, pág. 13.

especializados y cuya estructura es cada vez más equiparable con las estructuras sociales.

Bien es verdad que la institución militar no puede quedar circunscrita a un conjunto de personas asépticamente cualificadas por unos determinados conocimientos técnicos, o de gestión y administración, altamente cualificados. La organización militar, dirá Perlmutter al efecto (52), es tanto un instrumento de poder y una entidad organizativa como una hermandad y una comunidad.

Esta comunidad se reviste de rasgos verdaderamente peculiares. «The military profession —advertirá Janowitz significativamente (53)— is more than an occupation; it is a complete style of life» (54). Y es que el oficial es miembro de una comunidad cuyas exigencias sobre su existencia diaria se extienden más allá de sus deberes oficiales (55).

De otro lado, aun cuando el ejercicio de la milicia se apoya en unos conocimientos técnicos y en determinadas condiciones personales del oficial, el militar profesa y gusta de los sacrificios inherentes a su profesión porque defiende unos principios que considera valiosos y que merecen tal entrega. «La mística militar continúa siendo río de instintos atractivos» (56). Pero si se pierden las convicciones, si se convierte al oficial tan sólo en un técnico de la guerra, un conocedor de la táctica, de la estrategia, de la utilización de los recursos de destrucción con el más eficaz resultado, entonces existe el grave peligro de que se consideren estériles el riesgo y el sacrificio que la milicia exige. En tales supuestos, dice Mittelmann (57), el Estado ya no podrá otorgar al soldado ni el hábito caballeresco ni la conciencia de elite.

En cierto modo, y en especial desde la óptica de los propios miembros de la institución castrense, milicia es servicio, es dedicación plena del vivir a un quehacer idealista (58). Tanta importancia tienen los ideales militares que

(52) AMOS PERLMUTTER: *Lo militar y lo político en el mundo moderno*, Ediciones Ejército, Madrid, 1982, pág. 9.

(53) MORRIS JANOWITZ: *The Professional Soldier...*, op. cit., pág. 175.

(54) Cfr. al efecto JORGE VIGÓN: *Hay un estilo de vida militar*, Editora Nacional, Madrid, 1958.

(55) Para el propio Janowitz (op. cit., pág. 175), ese *military style of life* intensifica la cohesión del grupo y la lealtad profesional, coadyuvando asimismo al mantenimiento del espíritu marcial.

(56) EQUIPO «R»: «De la profesión militar», en *Reconquista*, núm. 409, noviembre 1984, pág. 7.

(57) ERNST MITTELMANN: *El soldado en la sociedad. Un problema fundamental de la historia alemana*, ponencia presentada en el 17 debate de la Junta de Estudios para la Defensa, Bad Godesberg, octubre 1964.

(58) MIGUEL ALONSO BAQUER: «Cristianismo y milicia», en *El problema de los ejércitos*, Euramérica, Madrid, 1961, págs. 174 y sigs., en concreto, pág. 176.

autor tan calificado como Huntington (59) cree que la eficacia y la competencia del cuerpo de oficiales están directamente relacionados con el grado de motivación por los *military ideals* (60).

Ello no obstante, es obvio que consideraciones como la de que el Ejército debe ser concebido más como un ente moral que como una organización material (61) no nos ofrecen hoy una visión objetiva, pluridimensional y verdaderamente actual de la institución militar.

Es, en definitiva, la profesionalización el rasgo que con más fidelidad define a la institución castrense en las sociedades de nuestro tiempo (62).

La especialización profesional se ha convertido en poco menos que imprescindible en los ejércitos actuales por mor de las exigencias de la técnica; hoy se puede apreciar una proyección intensamente científica y técnica entre la oficialidad, lo que a su vez ha generado una nueva proyección social por parte de los miembros de la milicia, aspecto este nada extraño en una época en la que lo técnico, con su carácter esotérico, produce la admiración inmediata por parte de los profanos, lo que, por ende, se traduce en una nueva forma de prestigio social antes inexistente.

De este modo, el Ejército incorpora al ideal patriótico el prestigio de su propia eficacia (63), eficacia que parece estar reñida con una orientación convencional y rutinaria de la profesión (64) y a la vez se nos presenta co-

(59) SAMUEL P. HUNTINGTON: *The Soldier and the State...*, op. cit., pág. 74.

(60) Menciona Huntington, entre otros *military ideals*, el ideal de competencia profesional, el ideal del *good soldier*, la tradición y el espíritu del *best Regiment*.

(61) ANGEL GONZÁLEZ DE MENDOZA Y DORVIER: «El ejército como clase social. Su labor educativa y ciudadana», en el colectivo *La milicia como tema de nuestro tiempo*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1955, págs. 75 y sigs., en concreto, pág. 77.

(62) Cfr. al respecto SAMUEL P. HUNTINGTON: «Officerships as a profession», en AMOS PERLMUTTER y VALERIE PLAVE BENNET (eds.): *The political influence of the Military. A comparative reader*, op. cit., págs. 37 y sigs.

Bien es verdad que las consideraciones referidas a la profesionalización no pueden entenderse válidas con respecto a ciertas sociedades, como, por ejemplo, las sociedades sujetas a un proceso de desarrollo. Así, con relación a Iberoamérica, Alba distingue tres tipos de militares contemporáneos: *the barracks groups, the school officers y the laboratory men*. Cfr. VÍCTOR ALBA: «The stages of militarism in Latin America», en JOHN J. JOHNSON (ed.): *The role of the military in underdeveloped countries*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1962, págs. 165 y sigs., en concreto, págs. 174 y sigs. Respecto del área asiática, cfr. C. I. EUGENE KIM: «Asian Military Regimes: Political systems and styles», en MORRIS JANOWITZ (ed.): *Civil-Military relations. Regional perspectives*, Sage Publications, Beverly Hills-Londres, 1981, págs. 26 y sigs.

(63) HERMANN OEHLING: *Valoración social de la ética militar*, op. cit., pág. 11.

(64) Cfr. al efecto ARTHUR K. DAVIS: «Bureaucratic Patterns in the Navy Officer Corps», en *Social Forces*, núm. 27, 1948, págs. 143 y sigs.

nectada con el rol de las Fuerzas Armadas en la dirección de la violencia dentro del Estado (65), sin que ello implique confundir, tal y como hiciera Augusto Comte, el espíritu bélico con la casta militar, pues, como advirtiera Raymond Aron (66), «la disparation des professionnels du combat n'implique pas le triomphe du pacifisme» (67).

La institución militar, como cualquier otro instrumento del Estado, no tiene una razón autónoma de existir. El Ejército, dirá al efecto Finer (68), es un servidor del Estado. Y Huntington apostillará: «The military professions exists to serve the state» (69).

Consiguientemente, la conocida y polémica doctrina que Laswell formulara tras la Segunda Guerra Mundial, a partir de las inestables condiciones políticas que propiciaron la guerra fría y, con ella, la llamada *estrategia de la disuasión*, circunstancias que vinieron a trastocar las condiciones ambientales internas y externas de los Estados, doctrina que, bajo el rótulo genérico del Estado-guarnición, «the Garrison State» (70), o, en la formulación de Yergin (71), del Estado de seguridad nacional, vino a poner de relieve la dominación del Estado por los especialistas en la violencia, no parece que pueda ser admitida.

De tal doctrina, Laswell y Kaplan deducirían que la variable «violencia» debía ser considerada como el elemento diferenciador entre lo civil y lo militar. «An arena —afirman (72)— is military when the expectation of violence is high; civic, when the expectation of violence is low.»

(65) GWYN HARRIES-JENKINS: «Armed Forces and the Welfare State», en MORRIS JANOWITZ (ed.): *Civil-Military relations. Regional perspectives*, op. cit., págs. 231 y sigs., en concreto, pág. 238.

(66) RAYMOND ARON: *La société industrielle et la guerre*, Librairie Plon, Paris, 1959, pág. 77.

(67) No nos sirve —afirma al respecto MIGUEL ALONSO BAQUER, en «Cristianismo y Milicia», op. cit., págs. 176-177— la condenación de la violencia o del poder como condenación del vivir militar, ni el encomio del servicio o del riesgo como santificación del mismo. La milicia —añade el referido autor— es una realidad compleja que tiene que resolver sin desdoro la posibilidad del abuso y del éxito.

(68) S. E. FINER: *The man on the horseback. The role of the military in politics*, Penguin, Harmondsworth, 1976, pág. 21.

(69) SAMUEL P. HUNTINGTON: *The Soldier and the State...*, op. cit., pág. 73.

(70) HAROLD D. LASWELL: «The Garrison State», en *American Journal of Sociology*, núm. 46, enero de 1941, págs. 455 y sigs.

(71) D. YERGIN: *The National Security State*, Cambridge University, Cambridge, Mass., 1974.

(72) HAROLD D. LASWELL y ABRAHAM KAPLAN: *Power and Society*, New Haven, 1950, pág. 252.

Y aunque frente a las críticas suscitadas por tales posicionamientos, el mismo Laswell se ratificaría años después en sus tesis iniciales (73), sería Huntington (74) quien se encargaría de poner de relieve la falta de validez de tales argumentos, tras haberse inclinado (75) a favor de la consideración de que los militares, en cuanto grupo político, se limitan a influir en el diseño y posterior desarrollo de la política de seguridad nacional (76).

En definitiva, parece de todo punto inaceptable la consideración de los militares como «profesionales de la violencia». La praxis demuestra su inadecuación y desgraciados resultados, produciendo un tipo de profesional que no deja de ser un peligro para la comunidad democrática. De ahí la necesidad, insistentemente puesta de relieve (77), de adecuar el fin militar a consideraciones morales estrictas, lo que a su vez entraña que la profesión militar requiera de una educación especial, al objeto de alcanzar entre sus miembros el nivel ético indispensable, aspecto este que no es en modo alguno peculiar de nuestros días, pues, como se ha recordado (78), corría el año 1891 cuando en la *Revue des Deux Mondes* aparecía un artículo anónimo —poco después, su autor sería identificado como Liautey, un joven capitán de Caballería— en el que ya se insistía en la conveniencia de dar al soldado una formación moral y social (79). Y en efecto, la milicia posee un sistema propio de relaciones morales que informa su conducta y que viene a constituir, en línea con el pensamiento orteguiano, una ética propia, una verdadera ética militar, sin la que en realidad sería casi imposible hablar de verdadero Ejército. Estamos, pues, ante uno de los rasgos más significativos de la institución castrense, y a él nos referiremos más en detalle en un momento ulterior.

(73) Cfr. al respecto HAROLD D. LASWELL: «The Garrison State Hypothesis today», en SAMUEL P. HUNTINGTON (ed.): *Changing Patterns of Military Politics*, The Free Press of Glencoe, Nueva York, 1962, págs. 51-70.

(74) SAMUEL P. HUNTINGTON: *Political Order in Changing Societies*, Yale University Press, New Haven, 1968.

(75) Cfr. al efecto SAMUEL P. HUNTINGTON: *The Common Defence*, Columbia University Press, Nueva York, 1961.

(76) David C. Rapoport —en «A Comparative Theory of Military and Political Types», en SAMUEL P. HUNTINGTON (ed.): *Changing Patterns of Military Politics*, op. cit., págs. 71 y sigs.— menciona tres direcciones en las que un ejército puede servir al Estado.

(77) HERMANN OEHLING: *Valoración social de la ética militar*, op. cit., pág. 3.

(78) JULIO BUSQUETS BRAGULAT: «El ejército ante los problemas sociales contemporáneos», en *El problema de los ejércitos*, op. cit., pág. 151.

(79) Cfr. al respecto la clásica obra del mariscal LIAUTEY: *La letra y el espíritu. La función social de los oficiales*, Madrid, 1940.

3. LOS NUEVOS RASGOS CARACTERIZADORES DE LA INSTITUCION MILITAR

Al margen ya de la profesionalización, y en otro orden de consideraciones, la institución militar aparece en nuestro tiempo connotada por algunos rasgos que muestran profundas fallas respecto a la caracterización tradicional de la institución, sin que ello sea óbice para admitir que junto a estos nuevos caracteres siguen subsistiendo algunos de los elementos institucionales más característicos. Vamos a renglón seguido a referirnos a los rasgos que pueden considerarse más novedosos:

A) En primer término, se puede apreciar un cierto cambio en los soportes en que se asienta la autoridad y la disciplina. En términos de Janowitz (80), se ha pasado de «an authoritarian domination to greater reliance on manipulation, persuasion and group consensus».

La nueva tecnología de la guerra es tan compleja, que la coordinación de un grupo de especialistas no puede ser garantizada simplemente a través de una disciplina más o menos autoritaria, entendida por lo menos en el sentido más tradicional (81).

Evidentemente, los ejércitos constituyen una compleja organización para las operaciones técnicas y logísticas y una buena parte de sus miembros están comprometidos en funciones de sesgo administrativo. Pero la eficacia de la autoridad militar se plasma sustancialmente en el combate de las unidades que tienen su propio arquetipo organizativo; y en combate, el mantenimiento de la iniciativa se ha convertido en una exigencia de más trascendencia que el rígido cumplimiento de la disciplina, tal y como ha subrayado Janowitz (82). «The quality of the initiative in the individual —llega a decir Marshall (83)— has become the most praised of the military virtues.»

(80) MORRIS JANOWITZ: *The Professional Soldier...*, op. cit., pág. 7.

(81) Una de las más tradicionales aproximaciones al concepto de disciplina la suministraría Ellis, para quien el componente esencial de la disciplina vendría delimitado por la rígida adhesión a unas reglas, la regularidad en la actuación, la subordinación y la devoción al gobierno establecido. Cfr. al efecto capitán EUGENE A. ELLIS: «Discipline: Its importance to an Armed Force and the best means of promoting or maintaining it in the United States Army», en *Journal of Military Service Institution*, número 16, 1895, págs. 211 y sigs.

(82) MORRIS JANOWITZ y ROGER W. LITTLE: *Sociology and the Military Establishment*, 3.ª ed., Sage Publications, Beverly Hills-Londres, 1974, pág. 57.

(83) S. L. A. MARSHALL: *Men against fire*, William Morrow and Co., Nueva York, 1947, pág. 22.

De otro lado, mientras la autoridad tradicional confía rígidamente en la dominación, la manipulación —entendida en su acepción, que recoge el Diccionario de la Real Academia (84), de «intervención con medios hábiles para servir unos determinados intereses»— y la persuasión se presentan como más apropiadas para una autoridad que debe basarse en la ejecución; además, no puede olvidarse que la complejidad de los actuales medios bélicos y la propia interdependencia social producen un importante residuo de poder respecto de cada miembro de la organización (85).

Por último, en conexión con ese cambio de la dominación a la manipulación y persuasión, deberá producirse un correlativo equilibrio de las que pudiéramos tildar de sanciones negativas respecto a los incentivos positivos.

Ahora bien, en todo caso, de cuanto acabamos de exponer no debe inferirse que la disciplina y la obediencia hayan sido definitivamente relegadas a un segundo plano dentro de la milicia. En modo alguno.

Los ejércitos vienen caracterizados por un específico *grado de cohesión* que, desde luego, no se da con tal intensidad en ninguna otra institución social. Un ejército constituido por una amplia multitud de soldados, independientes unos de otros, no sería tal, como advierte Andreski (86). La cohesión, indica en análoga dirección Janowitz —entendiendo por tal «the feeling of group solidarity and the capacity for collective action» (87), esto es, el sentimiento de la solidaridad del grupo y de la capacidad para la acción colectiva—, es un aspecto esencial de la organización interna de la profesión militar. Y aunque tal cohesión no puede considerarse emanada del puro ejercicio de la autoridad y de la disciplina, sino que obedece en su ser más profundo a la comunión de sentimientos en torno a unos mismos ideales, principios y valores de índole superior (88), sin que ello implique necesariamente la consideración del ejército como un bloque monolítico, es lo cierto que la mutua lealtad entre los miembros de la institución, la organiza-

(84) REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: *Diccionario de la Lengua Española*, 20.^a ed., tomo II, Madrid, 1984, pág. 867 (cuarta acepción del término «manipular»).

(85) MORRIS JANOWITZ y ROGER W. LITTLE: *Sociology and the Military establishment*, op. cit., pág. 59.

(86) STANISLAV ANDRESKI: *Military Organization and Society*, Routledge y Kegan Paul Ltd., Londres, 2.^a ed., 1968, pág. 121.

(87) MORRIS JANOWITZ: *The military in the political development of new nations. An essay in comparative analysis*, The University of Chicago Press, Chicago, 1964, página 67.

(88) En opinión de Hermann Oehling (*La función política del ejército*, op. cit., pág. 62), la convicción del objetivo que cubren las Fuerzas Armadas en la vida del país constituye el más fuerte nudo de unión que vincula todas las esferas del ejército entre sí, y con esa convicción los principios e ideales que son objeto de servicio.

ción jerárquico-piramidal de la misma (89) y el subsiguiente principio de obediencia —que Huntington llega a considerar como la expresión de aquella virtud militar de la que dependen todas las demás virtudes (90)— pueden estimarse pilares fundamentales sobre los que descansa el carácter cohesivo de la institución.

El servicio en las Fuerzas Armadas, advierte Gutteridge (91), implica disciplina y la disciplina crea cohesión y quizá un sentido real de espíritu de cuerpo. Y Lider habla de la unidad de la jerarquía, la disciplina y la cohesión (92), tríptico entre cuyos elementos se establece una estrechísima vinculación.

En definitiva, no parece aceptable un planteamiento dialéctico entre los dos términos del binomio eficacia-disciplina; ello no es óbice para admitir como evidente que la alta cualificación técnica que requiere hoy un oficial y que, por lo general, se da en menor medida en los cuadros de edades superiores, ha desembocado en una disminución de la tensión de las causas de la disciplina; tal circunstancia ha propiciado el abandono de formas de disciplina autoritaria, consideradas en nuestra sociedad como menos útiles, pues, como ya Laski dijera (93), una buena lealtad no es pasiva y complaciente, sino activa y crítica; porque toda obediencia ética está construida sobre un consentimiento prestado a la finalidad que persigue. En los ejércitos actuales, la transmisión de las órdenes tiene que ser mucho más directa; como además la capacidad discrecional de quien cumple la orden es tan amplia, necesariamente, la obediencia tiene que ser reflexiva y consciente (94).

Cuanto acabamos de exponer propicia que el inferior pase a ser un valioso asesor del mando, que a su vez debe procurar tener bien informados a sus subordinados para que éstos puedan tomar las iniciativas necesarias. Con ello no sólo se produce una cierta descentralización del mando, sino que se rompe con el principio de disciplina autoritaria, tradicional en tiempos no le-

(89) El orden jerárquico necesario para el mando nace —en opinión de Tafur— de la igualdad en la dignidad y de la diferencia en la responsabilidad (JOSÉ TAFUR RUIZ: «Escuela de hombres», en el colectivo *El problema de los ejércitos*, op. cit., páginas 128 y sigs., en concreto, pág. 137).

(90) SAMUEL P. HUNTINGTON: *The Soldier and the State...*, op. cit., pág. 73.

(91) WILLIAM GUTTERIDGE: *Military Institutions and power in the new States*, Pall Mall Press, Londres y Dunmow, 1964, pág. 47.

(92) JULIÁN LIDER: *Military Theory (Concept, Structure problems)*, Gower Publishing Company Limited, Aldershot, Inglaterra, 1983, pág. 37.

(93) Cfr. al respecto HAROLD J. LASKI: *The dangers of obedience and other essays*, Nueva York, 1930.

(94) Cfr. al efecto HERMANN OEHLING: *Valoración social de la ética militar*, op. cit., pág. 27.

janos. Aunque tal ruptura ha sido tildada como una verdadera «crisis de la autoridad», lo cierto es que el principio de disciplina sigue plenamente vigente, circunscribiéndose el cambio experimentado a los soportes en que se fundamenta (95).

B) Un segundo rasgo caracterizador de la institución armada en nuestro tiempo es el de la adquisición por parte de sus miembros de conocimientos técnicos especializados, que en muchos casos son los mismos de las clases dirigentes civiles (96).

Desde esta perspectiva, resulta claro que la conocida afirmación del general prusiano Colmar von der Goltz (97), «heart and character should be decisive in selecting officers, not intellect and scientific attainment», consideración que razona en base a que, a su juicio, el exceso de inteligencia es perjudicial para un oficial, pues conduce a dudas y vacilaciones al dar una orden, y en la que, a su vez, se apoya Martin Kitchen (98) para llegar a la conclusión —que parece querer extrapolar más allá del ámbito concreto de su referencia— de que en el oficial alemán anterior a la primera gran guerra la personalidad era más importante que el conocimiento intelectual, lo que se justificaba en el hecho de que mientras la primera había sido siempre, sin duda, una virtud esencialmente aristocrática, el segundo era el signo de lo burgués; como es fácil advertir, tales razonamientos carecen de toda validez en nuestra época y sociedad.

Ahora bien, el afán por el progreso técnico no es privativo de nuestros tiempos. Por el contrario, la guerra, que es, como advierte Hacker (99), multifactorial (100) y multifuncional, asume como uno de sus múltiples cometidos el incitar a los gobernantes a promover el progreso técnico. Y ello ha sucedido siempre así; pero aunque en el pasado el triunfo en la guerra se hacía depender de la técnica, ésta era en su mayor parte tradicional, venía envuelta

(95) Cfr. al respecto MORRIS JANOWITZ: «Changing Patterns of Organizational Authority: The military establishment», en *Administrative Science Quarterly*, 3, 1959, págs. 473 y sigs.

(96) Cfr. al efecto SAMUEL STOUFFER: *The American Soldier*, Princeton University Press, Princeton, 1949.

(97) COLMAR VON DER GOLTZ: *The Nation in Arms*, Macmillan, Londres, 1906, pág. 51.

(98) MARTIN KITCHEN: *The German Officer Corps. 1890-1914*, Clarendon Press, Oxford, 1968, pág. 30.

(99) FRIEDRICH HACKER: *Agression-violence dans le monde moderne*, París, 1972, pág. 248.

(100) Acerca de las posibles causas de la guerra, cfr. JORGE VERSTRYNGE: *Una sociedad para la guerra (Los efectos de la guerra en la sociedad industrial)*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1979, págs. 37-70.

a menudo en lo mágico y no se producía una efectiva asimilación de la mentalidad que generaba, mientras que, a juicio de Andreski (101), la disciplina, el espíritu de cuerpo y la salvaje intrepidez eran mucho más eficaces al respecto.

En cualquier caso, sería ingenuo, y desde luego no ajustado a la realidad de los ejércitos, pensar que la progresiva tecnificación ha eclipsado lo que con acierto denomina Janowitz (102) «the fighter spirit», esto es, el espíritu del combatiente, del guerrero. En efecto, podría pensarse que la persistente innovación tecnológica ha transformado a la institución militar en algo así como una empresa de ingeniería. Por supuesto, es evidente que el fuerte impacto del desarrollo tecnológico sobre la milicia ha producido lo que se ha dado en llamar «the civilianizing of the military profession» (103), con lo que se ha aminorado la diferenciación entre la clase civil y la militar.

Por otra parte, las modernas armas de destrucción de masas han venido a socializar el peligro hasta el punto de igualar los riesgos de la guerra entre el soldado y el civil no incorporado a filas.

Ahora bien, cuanto acabamos de reseñar no ha sido suficiente como para eclipsar ese *fighter spirit*, del que cabe decir que aun no siendo fácilmente definible, se asienta en motivos psicológicos que impulsan a un hombre a perseguir el triunfo en el combate sin atender a su seguridad personal.

Quizá por todo ello, Janowitz haya hecho depender la eficacia de la institución castrense de un tríptico de circunstancias convergentes que incluyen lo tradicional y lo más moderno: «The effectiveness of the military establishment —manifiesta el citado autor (104)— depends on maintaining a proper balance between military technologists, heroic leaders, and military managers.»

Pero aún podemos efectuar una última consideración, que viene a relativizar este segundo rasgo, bien que tan sólo tangencialmente. Los ejércitos cumplen unos fines verdaderamente trascendentales en la vida de una nación; se ha llegado a decir que se constituyen en guardián de todos los valores y constantes históricas del pueblo al que pertenecen (105). Quizá por ello Huntington (106) haya significado que, por encima de todo, lo que distingue

(101) STANISLAV ANDRESKI: *Military Organization and Society*, op. cit., pág. 162.

(102) MORRIS JANOWITZ: *The Professional Soldier...*, op. cit., pág. 31.

(103) *Ibidem*, págs. 31-32.

(104) MORRIS JANOWITZ: *The Professional Soldier...*, op. cit., pág. 424.

(105) ANTONIO ALCUBILLA: «El ejército y sus características», en *La milicia como tema de nuestro tiempo*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1955, págs. 7 y sigs., en concreto, pág. 24.

(106) SAMUEL P. HUNTINGTON: «The rise of the military profession in western

al militar profesional de otros profesionales sea el sentido de su misión, de la historia y de la nación.

Desde tales perspectivas, parece claro que una vocación intensa será el mejor soporte de toda carrera militar; en ella deberá apoyarse la progresiva formación científica, tecnológica y aun empresarial de todo militar de nuestros días (107); y en la vocación asimismo se encontrará la mejor base para esa capacidad de sacrificio, esa bravura y esa disciplina que han despertado siempre un profundo sentimiento de estima hacia la institución castrense. La configuración de las virtudes militares, ejercidas en la carrera de las armas, constituye un espíritu tan peculiar que es capaz de galvanizar el sentido popular. Las Fuerzas Armadas han de poseer un íntimo y definitivo sentimiento solidario con el pueblo al que pertenecen; de ahí la tendencia a identificar los más altos ideales patrióticos y de permanencia del ser nacional con el ejército.

C) Un tercer rasgo es de destacar dentro del perfil actual de la institución castrense: sus miembros conforman lo que se ha dado en llamar un profesionalismo corporativo que a su vez se vincula estrechamente con una organización burocrática.

«The modern soldier —apostilla al efecto Perlmutter (108)— is corporate (in terms of exclusivity), bureaucratic (in terms of hierarchy), and professional (in terms of sense of mission)».

Y es que, en efecto, estamos ante una profesión con una función concreta que desempeñar y con una aspiración a seguir una carrera especializada, características ambas que aparecen como propias de la moderna burocracia. El militar, llegará a significar Mills (109), es el más burocrático de todos los tipos que forman parte de la élite norteamericana (110). Tal afirmación, al

society», en AMOS PERLMUTTER y VALERIE PLAVE BENNET (eds.): *The political influence of the military. A comparative reader*, op. cit., pág. 47.

(107) El prestigio, dirá Carlos Martínez Campos y Serrano (en «Fuerzas militares y políticas», en el colectivo *El problema de los ejércitos*, op. cit., págs. 21 y sigs., en concreto, pág. 36), se consigue no solamente con auxilio de la ciencia, sino con auxilio de una vocación intensa, que es la base principal de la carrera militar.

(108) AMOS PERLMUTTER: *The military and politics in modern times (On professionals, praetorians and revolutionary soldiers)*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1977, pág. 3 (citada la traducción española).

(109) C. WRIGHT MILLS: *La élite del poder*, FCE, México, 4.ª reimpr., 1969, pág. 185.

(110) Bien es verdad que, como Janowitz sostiene (*The Professional Soldier...*, op. cit., pág. 204), no hay muchas evidencias para apoyar el argumento de Mills de que los militares forman una parte integral de un grupo social compacto que constituye la élite del poder; más bien parece ser lo contrario, esto es, el comportamiento

margen ya de ser más que discutible en el propio contexto en el que se formula, resulta por lo demás difícilmente trasvasable a otros países; es algo obvio que lo peculiar de la profesión militar no parece que sea en modo alguno su aspecto burocrático; ello no obstante, es incuestionable, como se ha subrayado (111), que un amplio número de militares profesionales se encuentran una buena parte de su tiempo ocupados en funciones propias de la administración y, en consecuencia, de sesgo burocrático-administrativo.

Desde otro punto de vista, esa orientación corporativa, que se vincula a problemas orgánicos (112), se manifiesta en aspectos tales como los procedimientos de adopción de decisiones dentro de la institución, que son colegiales, jerárquicos y que están regidos por reglas autoimpuestas y vigiladas atentamente por el grupo (113). Ese espíritu corporativo llega a impregnar la propia ética militar. «The military ethic is basically corporative in spirit. It is fundamentally anti-individualistic»; así se pronuncia Huntington (114). Y es que este corporativismo no es algo abstracto, sino una orientación cargada de valores.

Parece algo obvio que el profesionalismo militar corporativo no es estrictamente peculiar de nuestra época. Perlmutter (115) llega a relacionarlo orgánicamente con el desarrollo histórico de la nación-Estado moderna; sin embargo, en nuestro tiempo tal corporativismo parece haberse acentuado como resultado quizá de la propia organización burocrática, quizá por la misma naturaleza de los medios que el militar emplea para el cumplimiento de su misión, y como consecuencia de ello, se enfatiza la importancia del grupo frente a lo individual. «Tradition, esprit, unity, community» son los valores tenidos en mayor estima por los miembros de la institución castrense, dirá, no sin razón, Huntington (116).

de los militares está todavía profundamente condicionado por *its social isolation*, esto es, por su aislamiento social. Para Janowitz (*op. cit.*, pág. 6), en definitiva, como sucede en cualquier otra profesión, sólo una pequeña proporción de hombres de entre la profesión militar puede ser considerada como constitutiva de una élite.

(111) Cfr. al efecto W. H. MORRIS JONES: «Armed Forces and the State», en *Public Administration*, 35, invierno 1957, págs. 411 y sigs.

(112) AMOS PERLMUTTER: *Lo militar y lo político en el mundo moderno*, *op. cit.*, pág. 9.

(113) Cfr. al respecto PETER BLAU y W. RICHARD SCOTT: «The military as commonweal organization», en AMOS PERLMUTTER y VALERIE PLAVE BENNET (eds.): *The political influence of the military. A comparative reader*, *op. cit.*, págs. 33-34.

(114) SAMUEL P. HUNTINGTON: *The Soldier and the State...*, *op. cit.*, pág. 64.

(115) AMOS PERLMUTTER: *Lo militar y lo político...*, *op. cit.*, pág. 46.

(116) SAMUEL P. HUNTINGTON: *The Soldier and the State...*, *op. cit.*, pág. 63.

A modo de resumen final, podríamos caracterizar al oficial profesional de los tiempos actuales con los siguientes rasgos:

- 1.º Capacidad técnica y especialización en parcelas muy determinadas.
- 2.º La que Perlmutter llama *clientship* (117), esto es, responsabilidad ante su cliente, que no es otro sino el propio Estado; en definitiva, relación de dependencia respecto del Estado y de los órganos legitimados para expresar la voluntad de aquél.
- 3.º Sentimiento corporativista, que se traduce en la peculiar conciencia de grupo y en una organización burocrática, que a su vez establece una relación de biunivocidad con tal sentimiento.
- 4.º Identificación con una determinada mentalidad común, con lo que se ha tildado como *the military mind*, esto es, la mentalidad militar.

En todo caso, desde luego, el sentimiento de casta —que Mills considerara un rasgo esencial del cuerpo verdaderamente profesional de oficiales (118)—, esto es, la exaltación de la milicia como casta, de la guerra por la guerra, de las venalidades guerreras y de otras manifestaciones que culminarán en las teorías de Ludendorff; el peculiar *ethos militar*, al que nos referiremos de inmediato; y ese *fighter spirit* anteriormente referido, han tenido necesariamente que transformarse por mor de un proceso complejo y cada vez más acentuado de tecnificación (119).

4. LA ESPECIFICIDAD DE LA ESCALA DE VALORES DE LA INSTITUCION ARMADA

Es común entre nosotros —y, en concreto, entre los miembros de nuestra institución armada— la consideración de que frente a una sociedad que viene experimentando periódicamente crisis frecuentes en su sistema de valores, la institución militar, en especial tras la instauración del servicio militar obligatorio y la abolición de los antiguos condicionamientos para el ingreso en la oficialidad, ha venido a convertirse en un auténtico depósito de valores morales que se han conservado inmutables a lo largo del tiempo.

(117) AMOS PERLMUTTER: *The military and politics in modern times*, op. cit., pág. 9.

(118) C. WRIGHT MILLS: *La elite del poder*, op. cit., pág. 186.

(119) Cfr. al respecto HERMANN OEHLING: *La función política del ejército*, op. cit., pág. 173.

En los últimos doscientos años, se afirma (120), los ejércitos han conservado en lo esencial los valores tradicionales que les animan, no sólo por la viva conciencia que el cuerpo de oficiales ha tenido del depósito a él encomendado, sino también porque quienes aspiraban a ingresar en ese cuerpo eran conscientes de la legitimidad del depósito y del legado histórico que contenía y se esforzaban en asimilar aquellos valores que en lo más profundo de su psiquismo adjudicaban idealmente al «guerrero», en sentido arquetípico.

Ahora bien, a renglón seguido, se reconoce que esos principios y valores no son patrimonio exclusivo de esta institución; bien al contrario, han sido engendrados por el mismo pueblo, limitándose el ejército a revivirlos y exaltarlos, conservándolos y difundiéndolos con humildad y persistencia, aun en las más abyectas circunstancias para la patria (121). No podría ser de otra manera, porque ha de admitirse ineludiblemente que la institución militar no es un ente aislado de la sociedad; por contra, está inserta en ella (122).

El mundo valoral, sin olvidar las consideraciones precedentemente esbozadas en torno al influjo que sobre el mismo ha producido el proceso tecnológico y las restantes circunstancias que han incidido sobre los perfiles tradicionales de la institución militar, mantiene, pues, su más rancia tradición entre los miembros de esta institución. Tal circunstancia ha tenido una importante consecuencia: ese tradicionalismo ha llevado consigo una rígida vinculación con el *statu quo* político y social (123), lo que a su vez ha entrañado una resistencia consciente e inconsciente a la vez por todo lo que pudiera suponer cambio, de la que se ha hecho eco —en relación a las sociedades no occidentales— Nordlinger (124), en opinión que contrasta con

(120) HILARIO MARTÍN JIMÉNEZ: *Los valores morales de las Fuerzas Armadas en las Reales Ordenanzas de S. M. D. Juan Carlos I*, Imprenta Litomaype, La Laguna, 1980, pág. 35.

(121) HILARIO MARTÍN JIMÉNEZ: *Los valores morales de las Fuerzas Armadas...*, op. cit., págs. 44-45.

(122) Según el presidente de la Comisión de las Reales Ordenanzas, general Francisco Martínez de Galinsoga y Ros (en «La Constitución y las Reales Ordenanzas Militares», en *Primeras Jornadas Fuerzas Armadas-Universidad*, CESEDEN, Madrid, 1982, págs. 235 y sigs., en concreto, pág. 237), fue éste uno de los principios más claros que tuvo en cuenta la citada Comisión al tratar de la reforma de las Ordenanzas de Carlos III.

(123) Cfr. al efecto BENGT ABRAHAMSSON: *Military Professionalism and political power*, Sage Publications, Beverly Hills, California, 1972.

(124) Eric Nordlinger (en «Soldiers in mufti: the impact of military rule upon economic and social change in non-western States», en *American Political Science Review*, 64, diciembre 1970, págs. 1131 y sigs.) sostiene que los gobernantes militares se muestran muy distantes respecto del cambio social, oponiéndose, por lo general, a los grupos que se esfuerzan por la reforma y la modernización social.

la de Janowitz (125), Gutteridge (126) y Pye (127), por sólo citar algunos autores.

En definitiva, se ha afirmado (128), no sin razón, que los ejércitos, por su propia naturaleza, son conservadores; conservadores de las esencias nacionales y muy particularmente de las propias de la institución.

Huntington (129) cree al efecto que la profesión militar, por virtud tanto de su reclutamiento como de su proceso de socialización y de sus propias exigencias profesionales, se reviste de una orientación uniformemente conservadora (130). Y Janowitz (131), tras reconocer que en toda profesión existe una cierta tensión entre el pensamiento tradicional y las nuevas exigencias del conocimiento técnico (132), admite que en la profesión militar la influencia conservadora ha sido particularmente intensa en el pasado (133).

(125) MORRIS JANOWITZ (en *The military in the political development of new nations. An essay in comparative analysis*, op. cit., pág. 31), en contraposición a Nordlinger, destaca el rol de los militares como agentes del cambio social y político en las nuevas naciones.

(126) WILLIAM GUTTERIDGE (en *Military Institutions and power in the new States*, Pall Mall Press, Londres y Dunmow, 1964, pág. 176) considera que las Fuerzas Armadas de los Estados recientemente independizados se han convertido en instituciones sociales y políticas de primer orden, siendo en algunos casos los canales de modernización social, aun cuando políticamente sean conservadoras.

(127) LUCIAN W. PYE (en «Armies in the process of political modernization», en JOHN J. JOHNSON [ed.]: *The role of the military in underdeveloped countries*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1962, págs. 69 y sigs., en concreto, página 80), por su parte, afirma al respecto lo que sigue: «In all societies it is recognized that armies must make those who enter them into the image of the good soldier. The underdeveloped society adds a new dimension: the good soldier is also to some degree a modernized man.»

(128) HILARIO MARTÍN JIMÉNEZ: *Los valores morales de las Fuerzas Armadas en las Reales Ordenanzas...*, op. cit., pág. 40.

(129) SAMUEL P. HUNTINGTON: *The Soldier and the State...*, op. cit., págs. 71 y sigs.

(130) Cft. al respecto STANISLAV ANDRZEJEWSKI: «Conservatism and radicalism of the military», en *Archives Européennes de Sociologie*, 2 (1), 1961, págs. 53 y sigs.

(131) MORRIS JANOWITZ: *The Professional Soldier...*, op. cit., pág. 22. «Military officers —dirá Janowitz en otro pasaje de su obra (op. cit., pág. 236)— are willing to identify themselves as conservatives.»

(132) Esta tensión dialéctica será armonizada por Samuel P. Huntington (en *The Soldier and the State*, op. cit., pág. 71), desde una perspectiva estrictamente técnico-militar, en los términos que siguen: «The ideal military man is thus conservative in strategy, but openminded and progressive with respect to new weapons and new tactical forms.»

(133) «La ideología de los militares —advierde al efecto Amos Perlmutter (en *Lo militar y lo político...*, op. cit., págs. 41-42)— era originalmente conservadora. La autonomía que el cuerpo de oficiales obtuvo con la revolución profesional potenció aún

Ese característico conservadurismo está vinculado a la peculiar escala de valores de la institución. ¿En qué consiste, debemos plantearnos ahora, tal especificidad?

Ante todo, conviene señalar que la referida peculiaridad conecta con un particular modo de sentir y pensar, esto es, con la que ha sido llamada *mentalidad militar*. Fue Huntington quien por primera vez acuñó la expresión *the military mind* (134). Admitiría el citado autor la posibilidad de abordar el análisis de esa mentalidad desde un triple punto de vista: 1) la capacidad de los miembros de la institución castrense; 2) los atributos mentales que configuran su personalidad, y 3) sus actitudes y valores peculiares (135).

1) Desde el punto de vista de la capacidad de los militares, su inteligencia, libertad de acción e imaginación han sido comparados desfavorablemente respecto de análogos rasgos del jurista, hombre de negocios o político. Esta presunta inferioridad —para nosotros completamente inadmisibles, pues entre los miembros de la institución castrense existirán, exactamente igual que entre los que integran cualquier otra profesión, personas de mayor o menor capacidad— ha sido atribuida, en opinión del propio Huntington, a factores muy diversos, entre los que podemos destacar: la organización peculiar de la profesión militar, que desalienta la iniciativa intelectual, y las escasas oportunidades que un oficial tiene de aplicar y desarrollar toda su capacidad.

2) Desde la segunda perspectiva anteriormente citada, se sostiene que *the military mind* tan sólo estriba en ciertos atributos mentales que contribuyen a conformar una peculiar *military personality*; y así, se subraya que la mentalidad militar es disciplinada, rígida, lógica y científica, no siendo, por contra, flexible, tolerante, intuitiva ni emocional.

3) El tercer y, a la vez, más interesante enfoque consiste en analizar la sustancia real de la *military mind*, esto es, las actitudes, valores y puntos

más el conservadurismo corporativo y político de los militares, al aislarlos de la comunidad política.»

(134) En su clásica obra *The Soldier and the State...*, op. cit., págs. 59 y sigs.

(135) También C. Wright Mills (en *La elite del poder*, op. cit., págs. 187-188) se ha pronunciado acerca de la mentalidad militar, significando que no es una frase vacía; por contra, dice Mills, expresa el producto de una preparación burocrática especializada, expresa los resultados de un sistema de selección formal y de experiencias, amistades y actividades comunes, todo encerrado dentro de rutinas similares. También señala el hecho de la disciplina, lo cual significa obediencia inmediata y estereotipada dentro de la cadena de mandos. La mentalidad militar significa también la participación en un punto de vista común, cuya base es la definición metafísica de la realidad como una realidad esencialmente militar.

de vista del militar; y es aquí, en verdad, donde se centra el análisis de la peculiar escala de valores de los miembros de la institución.

Este peculiar modo de sentir, esta identificación con un sistema de valores específicos en el que coinciden una buena parte de los miembros de la institución no se explica, tal y como se ha advertido (136), en términos de estructura social, pues el análisis comparativo entre ejércitos muy diferenciados entre sí permite afirmar que los militares se comportan impulsados por valores de un grupo profesional que apenas los ha modificado. Se ha afirmado, desde una perspectiva más concreta, que los hombres de uniforme sienten idénticas sensaciones que el resto, pero la gran diferencia estriba en que se mueven por impulsos ideales. Mientras la mayoría de los civiles —afirma Paricio (137)— se guía por tendencias más o menos impulsivas y utópicas, los militares se consideran más prudentes y realistas, menos románticos, pues ninguna meta materialista ni partidista pretenden alcanzar. Es de exigir del militar, dirá Martín Jiménez (138), cautela y no ligereza (139); rigor y no superficialidad; profundidad y no modas; lo permanente frente a lo accidental. Y en tal dirección, un editorial de *Reconquista*, una de las tradicionalmente más significativas revistas de pensamiento militar en España, apostillará (140): «Como militares sentimos crecer continuamente el respeto hacia una profesión que nos obliga a apartarnos de la política menuda para poner sólo la mirada en los eternos valores de la patria», consideración que sintoniza con el juicio que expresa Janowitz cuando advierte: «The professional soldier is 'above politics' in domestic affairs» (141).

Este idealismo se considera por algunos miembros de la propia institución situado en las antípodas de toda realidad material; y así, bajo el rótulo de «Carta a un cadete» (142), puede leerse en la referida revista de pensamiento lo que sigue: «Nos impulsa nuestro idealismo, nuestra consciencia de

(136) JESÚS MARTÍNEZ PARICIO: *Para conocer a nuestros militares*, Tecnos, Madrid, 1983, pág. 19.

(137) JESÚS MARTÍNEZ PARICIO: *Para conocer...*, op. cit., pág. 135.

(138) HILARIO MARTÍN JIMÉNEZ: *Ideología y política en las Fuerzas Armadas*, Salamanca, 1977, pág. 145.

(139) «Seamos —y valga la contradicción— apasionadamente fríos», pediría el Rey D. Juan Carlos a los Ejércitos en su discurso a los Consejos Superiores de los Ejércitos, el 24 de marzo de 1981. Puede verse el referido discurso en *Reconquista*, Revista de pensamiento militar, núm. 371, abril 1981, págs. 6-7.

(140) Editorial de la Revista *Reconquista*, núm. 367, diciembre 1980, pág. 5.

(141) MORRIS JANOWITZ: *The Professional Soldier...*, op. cit., pág. 233.

(142) CARLOS ROMERO DE TEJADA: «Carta a un cadete», en *Reconquista*, número 363, julio 1980, pág. 10.

que la vida de un hombre que se ofrece a la patria no puede estar sujeta a las leyes de la oferta y la demanda ni al estímulo de los beneficios materiales.» Y en análoga dirección, aun cuando en una línea todavía más extremada, se sitúa Cabeza Calahorra cuando significa (143) que, dada la elevada dosis de espiritualidad de la ideología castrense (144), ésta lleva anejo un acusado sentido de austeridad y renuncia hacia lo que los humanos tanto ambicionan: los bienes materiales. Ahora bien, el propio autor anterior reconduce a renglón seguido su consideración a sus justos términos; precisamente porque los miembros de la institución armadas son seres humanos, con sus pasiones y debilidades, exactamente igual que cualesquiera otros, es por lo que el autor antedicho admite que el afán por poseer bienes materiales, que tanto ha exacerbado la cultura sensitiva, ha despertado en cierta parte de la oficialidad de hoy apetencias de tipo económico que no cuadran con su deseable idealismo.

Desde luego, parece indiscutible que los ejércitos tienden a dar sentido a la totalidad de la vida; de ahí justamente que sus miembros prefieran hablar de «condición militar» antes que de «profesión militar» (145), y aún que llegue a considerarse la milicia como una verdadera vocación (146). Y es que ha sido rasgo tradicional en los ejércitos un cierto aislamiento respecto del resto de la sociedad, que se ha explicado por la propia peculiaridad del *military style of life* (147). Tal aislamiento se ha visto contrapesado por unos especifi-

(143) General MANUEL CABEZA CALAHORRA: *La ideología militar hoy*, Editora Nacional, Madrid, 1972, págs. 232-233.

(144) En opinión de Amos Perlmutter (*Lo militar y lo político*, op. cit., pág. 11), la ideología militar es la suma de las orientaciones del cuerpo de oficiales (sea cual fuere su grado de cohesión) hacia la sociedad, los regímenes y la política.

(145) GABRIEL CARDONA: *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1983, pág. 22.

(146) Son muy significativas las siguientes consideraciones de Miguel Alonso Baquet («La condición militar», en *Reconquista*, febrero 1962; reproducido en «De la profesión militar», *Reconquista*, núm. 409, noviembre 1984, pág. 6): «El profesional es el ser que puede evadirse en determinadas ocasiones de su trabajo. Basta que abandone los útiles de su quehacer o que cambie de modo de vestir para que se le considere un hombre más de profesión indefinida. Pero quien hace de su profesión una condición, afirma que quiere vestirse permanentemente con el hábito del quehacer. Tal ha solido ser el caso de las profesiones tradicionalmente celosas de su carácter vocacional: sacerdotes, médicos, maestros y militares. En ellas, el hombre entero está comprometido a una conducta digna de su profesión, mejor dicho de su condición, ya que todo lo suyo está 'condicionado' a ella.»

(147) «If the military style of life strives to produce an internally cohesive community —manifiesta Janowitz (*The Professional Soldier...*, op. cit., pág. 204)— at the same time, it thwarts social integration with civilian society.»

cos sentimientos de solidaridad y compañerismo; se ha dicho al respecto (148) que cada oficial es una persona con su peculiar psicología, pero tal vez sea la carrera militar la que más apiña, junta y reúne no sólo cuerpos, sino espíritus; todo ello, unido a la peculiar naturaleza de la institución armada y a su *sui generis* moral profesional, ha conducido a la institución hacia una cierta autosuficiencia respecto a la sociedad exterior, y ello puede suministrar una explicación válida acerca de ese sentido de totalidad de la vida castrense.

Quizá por las consideraciones precedentes, para el profano, el mundo militar sea un mundo diferente. Valga al respecto con recordar el dicho inglés (149): «There are three ways to get the things done: the right way, the wrong way and the military way»; esto es, hay tres formas de hacer las cosas: hacerlas bien, hacerlas mal y hacerlas al modo militar, adagio que se limita a expresar un hecho, no un juicio de valor. Este carácter «diferenciado» es asumido por algunos de los miembros de la institución; y así, puede leerse en *Reconquista*: «El ejército es diferente, sin que esto signifique superioridad sobre cualquier otra profesión» (150). Y quizá hoy más que nunca se acuse esa diferenciación entre la vida militar y la vida civil (151).

Es obvio que cada grupo social se apoya, en mayor o menor medida, en una privativa escala valoral, en unos, si se prefiere, criterios éticos conforme a los cuales ordena su comportamiento social. Tal circunstancia no entraña que cada grupo se fundamente o rija su actuación sobre éticas o morales esencialmente distintas; por contra, cada grupo ha llegado a discernir el particular orden jerárquico de valores que mejor cuadran a su auténtica función social. Y si cuanto acabamos de reseñar es predicable respecto de los grupos sociales, también lo es en relación con los integrantes de ciertas instituciones, cual sucede con quienes forman parte de la institución castrense.

La escala de valores de la institución militar, esto es, lo que se ha dado en denominar el *ethos militar*, se cimenta, se afirma, en una entrañable comprensión de la historia patria, en la cual gratitud social, lealtad, servicio, heroísmo y honor son ensalzados como valores destacados (152). Este apego

(148) GOVANTES: «Sello de distinción», en *Reconquista*, núm. 397, agosto-septiembre 1983, pág. 31.

(149) Cit. por FRANCISCO LÓPEZ DE SEPÚLVEDA: «Sociedad y Fuerzas Armadas (II)», en *Ejército (Revista de las Armas y Servicios)*, núm. 505, febrero 1982, págs. 17 y sigs., en concreto, pág. 18.

(150) GOVANTES: «Otra vez el Ejército», en *Reconquista*, núm. 384, junio 1982, pág. 12.

(151) MANUEL CABEZA CALAHORRA: «La socialización militar», en *Ejército*, número 516, enero 1983, págs. 3 y sigs., en concreto, pág. 5.

(152) *Ibidem*, pág. 8.

a la tradición y a unos determinados valores no es exclusivo de nuestros ejércitos; en *The Queen's regulations for the Army* británicas puede leerse lo que sigue: «La guía más segura para la conducta de los oficiales tiene que ser siempre la existencia y mantenimiento de las grandes tradiciones y los elevados modelos de las Armas; ninguna regla, por elaborada que sea, puede sustituir a aquella tan importante condición.»

La trascendencia del *ethos militar* para algunos autores es tal que llegan a hacer depender la auténtica pertenencia a la institución de ese modo peculiar de pensar y sentir. «Pertenece autenticamente a las Fuerzas Armadas —afirma Cabeza Calahorra en esta dirección (153)—, no sólo porque declaramos ser miembros de ellas o porque les concedemos nuestra lealtad u obediencia, sino básicamente porque vemos el mundo y determinadas cosas en él como el grupo las ve en términos de sus privativas significaciones.» En todo caso, y al margen ya de que tal consideración nos parezca un tanto exagerada, parece evidente que la intensidad del compromiso individual con el grupo, rasgo fundamental de cualquier grupo social (154), adquiere en la institución castrense su más elevado significado. Y a ello coadyuvan circunstancias de índole muy heterogénea que van desde los estrechos vínculos que surgen durante el período de formación en las Academias Militares, a los que se han referido Janowitz y Little: «Social solidarity among officers who are at the same stage in their careers is established by intensive experiences as 'students' in a difficult and crucial period» (155), hasta el mismo influjo de las mujeres de los oficiales, que inciden favorablemente sobre la solidaridad del grupo (156).

Esta identificación de los miembros de la institución armada con su peculiar *ethos* rebasa con creces el puro carácter de requisito *sine qua non* de la pervivencia de la identidad institucional para llegar a ser considerada en amplios sectores de la milicia como el elemento realmente decisivo para que la institución pueda cumplir con eficacia las funciones que le son encomendadas. En tal dirección, se afirma que «la fuerza de las Armas no reside tanto en éstas como en las virtudes de los hombres que las manejan y de los pueblos que las organizan» (157). Y se estima desde otra óptica que la revigori-

(153) *Ibidem*, pág. 9.

(154) ROBERT E. DOWSE y JOHN A. HUGHES: *Sociología política*, op. cit., pág. 83.

(155) MORRIS JANOWITZ y ROGER W. LITTLE: *Sociology and the Military Establishment*, op. cit., pág. 82.

(156) Las mujeres de los oficiales —manifiesta Janowitz (*The Professional Soldier...*, op. cit., pág. 188)— contribuyen a la solidaridad profesional por el debilitamiento de las barreras tradicionales generadas por el sistema de graduación.

(157) JOSÉ LUIS TAFUR: «El homenaje a la bandera, homenaje a la Patria», en

zación de los ejércitos no es sino un problema de moral (158). De ahí que se llegue a la conclusión lógica —desde los postulados precedentes— de que si al ejército se le trata de dotar de armas y medios técnicos para hacer frente victoriosamente a las posibles situaciones de peligrosidad, resulta más lógico prestar igual o mayor asistencia al mantenimiento de lo que se ha denominado *el plano moral de la defensa* (159). Pero todavía puede aducirse un nuevo argumento. No es sólo la eficacia de las Fuerzas Armadas la que vendrá medida por ese «plano moral», sino que, a su vez, se pone de relieve, siguiendo en este punto a Ortega, que el grado de perfección del ejército, que deriva del mayor o menor arraigo de su código moral, mide con exactitud los quilates de la moralidad y vitalidad nacionales (160).

La consideración precedente plantea la problemática del encuadramiento del *ethos militar* en la que podríamos llamar *conciencia civil*; son patentes las perniciosas consecuencias que derivarán de la falta de sintonía o encaje social de ese *ethos*, porque, como ya advirtiera el propio Ortega, refiriéndose precisamente al «grupo militar» (161), todo grupo social que se siente desatendido (respecto de la sociedad en que se enmarca) reacciona automáticamente con una secesión sentimental; entonces comienza tal grupo a vivir —en ideas, propósitos y sentimientos— del fondo de sí mismo, sin recepción ni canje de influencias ambientales; el grupo se va obliterando y comienzan a cultivarse en él los gérmenes particularistas.

La sociedad, creemos, no puede perder su sensibilidad respecto de la que a veces ha sido llamada la *gran familia militar*, y ésta, aun manteniendo la especificidad de su escala valoral, no puede desentenderse del sentir social; por contra, la unidad y cohesión en este punto, dentro del respeto a las peculiaridades del grupo, son esenciales; tampoco los miembros de la milicia pueden pretender extrapolar más allá de las relaciones internas del grupo, y específicamente en sus relaciones con otros grupos sociales, las virtudes militares que a ellos les animan; así, por ejemplo, el carácter autoritario que genera la disciplina, indispensable en la vida interna de la institución, no puede tratar

Reconquista, núm. 363, julio 1980, pág. 61. Idéntico pronunciamiento es el de PEDRO DE CÓRDOBA: «La letra y el espíritu», en *Reconquista*, núm. 346, enero 1979, pág. 48.

(158) FERNANDO SANZ ESTEBAN: «La profesión militar, ¿vocación o medio de vida?», en *Reconquista*, núm. 359, marzo 1980, pág. 8.

(159) PEDRO DE CÓRDOBA: «El Ejército es diferente», en *Reconquista*, núm. 354, octubre 1979, pág. 59.

(160) JOSÉ M.^o TOMÉ MARÍN: «El porqué del servicio militar», en *Reconquista*, núm. 355, noviembre 1979, pág. 49.

(161) JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *España invertebrada*, en *Obras completas*, tomo 3, Alianza Editorial-Revista de Occidente, Madrid, 1983, págs. 35 y sigs., en concreto, págs. 76-78.

de proyectarse en tiempos de paz hacia el exterior. No es posible ignorar, como advierte Oehling (162), que el conjunto de normas éticas, socialmente exteriorizadas, al realizarse en la sociedad, crea una imagen normalmente elevada de la institución armada. El carácter permanente de esa exteriorización crea unos criterios habituales entre los diversos grupos sociales, que obviamente pueden transformarse con el curso de las circunstancias. En todo caso, es preciso tener en cuenta que gran parte del prestigio de la institución a que nos referimos ha dependido siempre de esa exteriorización de las conductas de sus miembros, al igual que de la propia eficacia de la institución.

Ese peculiar *ethos militar*, a fuer de reconocer la insuficiencia de todo intento de simplificación en esta cuestión, podemos no obstante considerarlo conformado por unos específicos *sentimientos morales* que adquieren sus más acentuadas tonalidades en los miembros de la institución armada y que se relacionan con el deber moral de defensa de la propia comunidad. Tres son en sustancia esos sentimientos (163): 1) el sentimiento ético del *patriotismo*, engendrado por ese deber moral de participación en la defensa de la comunidad; 2) el *espíritu militar*, en cuanto sentimiento concomitante con la necesaria eficiencia de los ejércitos, y 3) el sentimiento del *honor militar*, íntimamente relacionado con el deber moral de cooperar activamente al fortalecimiento de la vida interna de las unidades.

Junto a esos sentimientos, nos encontramos con las llamadas *virtudes militares*, que contribuyen a forjar un estilo de vida militar; obviamente, tampoco nos hallamos ante valores exclusivos de la colectividad militar, bien que en ella adquieran una nueva virtualidad, rica en matices diferenciadores. Martín Jiménez (164) las califica en orden a sus respectivas afinidades con los principios morales y los sentimientos éticos. Y así, la participación en la defensa, animada por el sentimiento patriótico, se traduce en la praxis en la virtud del *cumplimiento del deber militar*, deber que presenta como notas diferenciales: una decidida voluntad de servicio, abnegación, celo, espíritu de sacrificio y valor, cuya expresión sublime se concreta en el heroísmo. La efectividad de los ejércitos, estrechamente conectada con el sentimiento del espíritu militar, exige la virtud de la *disciplina*, asentada en la obediencia y subordinación, así como las virtudes de *fidelidad* a los principios y fines de la institución y la *lealtad* recíproca entre mandos y subordinados. Por último, la cohesión interna de las unidades, sobre la que el sentimiento del honor actúa de catalizador, se fortalece con la práctica de virtudes tan solidarias

(162) HERMANN OEHLING: *Valoración social de la ética militar*, op. cit., pág. 16.

(163) HILARIO MARTÍN JIMÉNEZ: *Los valores morales de las Fuerzas Armadas en las Reales Ordenanzas...*, op. cit., pág. 58.

(164) *Ibidem*, págs. 59-61.

como el *compañerismo*, la *justicia* y el *respeto a la dignidad de la persona y a sus derechos* (165).

(165) Al margen de la diferenciación que acabamos de exponer en relación a las virtudes militares, cabe recordar que se han efectuado otras muchas clasificaciones en torno a tales virtudes y a los principios y sentimientos morales que animan a los miembros de la institución armada. Nos referiremos a algunas de las más significativas brevemente.

José M.^a Gárate Córdoba («Las virtudes militares son tres», en *Reconquista*, número 350, mayo 1979, págs. 44-45) diferencia en primer término las *virtudes motoras*, que identifica con lo que se suele llamar el espíritu militar, de las *virtudes instrumentales*, que son las propiamente dichas y que se encierran bajo el denominador común de la disciplina, bien que puedan separarse las tres que siguen: *abnegación*, *subordinación* y *valor*.

Miguel Alfonso Baquer («Las virtudes militares», en *Reconquista*, núm. 396, julio 1983, pág. 41), tras considerar que lo específico de una ética útil para las coyunturas bélicas no hay que buscarlo en la dirección del patriotismo o del heroísmo, que por su propia definición pertenecen al pleno de los miembros de la comunidad, sino en aquello que sea capaz de legitimar modos peculiares del derecho a mandar y del deber de la obediencia cuando sobreviene la tensa situación del combate, llegará a la conclusión de que lo más característico de la moral propuesta para los ejércitos es el *hábito de la disciplina*, o balance práctico de una solidaridad en la acción que se reclama para el cumplimiento de unos fines. El *lazo de la subordinación* aparece como el nexo de unión entre superiores e inferiores en la medida en que viven acogidos a un sistema de valores compartido. Lo más significativo es el *compromiso de la lealtad*. Lo más notable es la presencia del *sentimiento del honor*. Y lo más definitivo, por último, es la *fidelidad a una común vocación*, entendida como propósito de seguimiento hasta el fin de esa pauta prescrita de comportamiento.

Pedro de Córdoba («Religión. Patria. Milicia», en *Reconquista*, núm. 345, diciembre 1978, pág. 58), después de admitir que la milicia es servicio, actitud de entrega, que exige a sus hombres un juramento de lealtad y disciplina ante misiones en que el valor y la abnegación pueden llevar al sacrificio de la vida, llega a la conclusión de que *lealtad*, *valor* y *compañerismo* son las virtudes clave que hacen posible la fidelidad humana al cumplimiento de la misión.

A las virtudes de la *obediencia*, la *lealtad* y la *fidelidad* se referirá, exaltándolas, un editorial de *Reconquista* (núm. 394, mayo 1983, pág. 5), que, tras efectuar un análisis específico de las mismas, hará hincapié en la necesidad de que, aun cuando desarrollándose por separado en el ámbito de las instituciones militares, una vida militar bien compuesta les devuelva a la unidad de un comportamiento ejemplar.

Juan Antonio Núñez G.-Maturana («Introspección», en *Reconquista*, núm. 405, junio 1984, pág. 14) manifiesta que todo componente de nuestras Fuerzas Armadas debe ser en grado sumo verdadero (esto es, amante y defensor de la verdad), justo, magnánimo, valeroso, honesto, consecuente, constante e íntegro. Sin virtudes humanas sólidas y aparentes, esto es, sin *hombría de bien*, no hay posibilidad —concluirá— de plenitud profesional.

Emilio Romero Salgado (en *Temas de moral militar*, Imprenta del Ministerio de Marina, Madrid, 1962, págs. 93 y sigs.) va a separar tres bloques de virtudes militares:

Debemos poner punto final no sin antes efectuar dos consideraciones bien diferentes pero que, en todo caso, vienen a matizar y aun a relativizar algunas de las apreciaciones precedentemente vertidas.

1. *De una parte*, es claro que el impacto tecnológico, los cambios que han generado en los ejércitos las innovaciones, verdaderamente revolucionarias en algunos casos, de la técnica, y aun las propias exigencias de las sociedades democráticas de nuestro tiempo, han afectado a algunos de los componentes del *ethos militar*. Valga, a título de ejemplo, con una breve referencia al *sentimiento del honor militar*, considerado por Janowitz (166) como «the basis of its belief system», esto es, el soporte del sistema de creencias de los miembros de la institución militar (167).

Pues bien, el honor, que era un valor fundamental del oficial aristocrático, y hoy constituye una muy importante dimensión de la propia imagen entre la oficialidad, ha sido en parte desnaturalizado.

En una sociedad democrática, afirma Janowitz (168), es altamente inapropiado para el propio sentimiento del honor que éste aparezca como el único, o aun el dominante, valor del cuadro profesional militar. El honor debe combinarse —e incluso subordinarse— con el prestigio público y el reconocimiento popular. Y es que resulta obvio que el posible aislamiento social de la institución castrense ya no es una ventaja militar sino, por el contrario, es

las virtudes militares dependientes del propio individuo, entre las que se enumeran: el patriotismo, la abnegación, el honor, la honra y el pundonor, la lealtad, el espíritu militar, el amor a la gloria, el valor, la decisión, la humildad, el deber, el entusiasmo, la constancia y perseverancia, el sufrimiento y el sacrificio y la iniciativa militar; *las virtudes militares relacionadas con los superiores*, entre ellas, la disciplina, la obediencia y subordinación, la adhesión, la sumisión y el respeto; y, por último, *las virtudes en relación con los compañeros*, que son el compañerismo y el espíritu de cuerpo.

Por último, en la obra *Pedagogía del mando (Guía del mando para uso de los jóvenes oficiales)*, Escuela Naval Militar, Marín, 1974, págs. 43 y sigs., y bajo el epígrafe de *cualidades del jefe*, se distinguen cinco tipos de cualidades: las *morales* (lealtad, sencillez, modestia y dominio de sí mismo y sentido del deber); las *intelectuales*, que se subsumen en la siguiente consideración: «Sed inteligentes hasta el punto de desconfiar de la inteligencia»; las *cualidades humanas* (benevolencia exenta de demagogia o de paternalismo, equidad, espíritu de cooperación); *profesionales* (dar prueba de conciencia profesional, ser competente...), y *cualidades físicas*.

(166) MORRIS JANOWITZ: *The Professional Soldier...*, op. cit., pág. 215.

(167) Cuatro son los componentes originales del honor militar para el mismo Janowitz (op. cit., pág. 218): «gentlemanly conduct, personal fealty, self-regulating brotherhood, and the pursuit of glory».

(168) MORRIS JANOWITZ: *The Professional Soldier...*, op. cit., pág. 225.

seguro que llegue a convertirse en un elemento disfuncional respecto de la propia cohesión social, imprescindible en toda sociedad (169).

2. *De otra parte*, hay un último aspecto que no puede ignorarse. Los miembros de la institución están lejos de constituir un bloque monolítico. Y la doctrina parece mostrarse de acuerdo con tal apreciación. Finer (170) duda de que pueda hablarse de los militares como «a cohesive body»; Perlmutter (171) pone de relieve que hubo y habrá divisiones entre y dentro de las distintas categorías y las jerarquías militares; y Daalder, con referencia a las nuevas naciones (172), manifiesta que los ejércitos están lejos de ser entidades monolíticas.

La oficialidad, aun constituyendo una comunidad con vínculos de verdadera hermandad, nos presenta sus peculiaridades en los diferentes grados, pudiéndose, en definitiva, afirmar con el propio Perlmutter (173) que el complejo mundo militar-industrial no puede ser considerado como un monolito representativo de un sistema coherente, programado en forma centralizada, de valores, comportamientos y orientaciones unidireccionales.

Cuanto acabamos de indicar no obsta en modo alguno para reconocer que existen fuertes núcleos de unión que vinculan a todas las esferas del ejército entre sí. La convicción del objetivo que cubren los establecimientos armados en la vida del país; la cohesión estructural, unida a la jerarquía y garantizada por la obediencia y la disciplina; y la propia cohesión moral, que se presenta como la resultante de una comunidad en el espíritu de servicio a unos ideales patrióticos, son buen ejemplo de aquellos vínculos, que garantizarán la imprescindible unidad de todo ejército.

(169) Cfr. al efecto MORRIS JANOWITZ y ROGER W. LITTLE: *Sociology and the Military Establishment*, op. cit., pág. 96.

(170) SAMUEL E. FINER: *The man on the horseback. The role of the military in politics*, op. cit., págs. 225-228.

(171) AMOS PERLMUTTER: *The military and politics in modern times*, op. cit., pág. 17.

(172) HANS DAALDER: «El papel de los militares en los países que emergen», en JORGE ALVAREZ (ed.): *Política militar*, Buenos Aires, 1963, pág. 16.

(173) AMOS PERLMUTTER, en el prefacio de su propia obra, *Lo militar y lo político en el mundo moderno*, op. cit., trad. esp. de Fernando de Lecea Dezcallar, página XXVIII.

5. CRISIS VALORAL EN LA SOCIEDAD Y RESISTENCIA AL CAMBIO EN LA ESCALA DE VALORES DE LA INSTITUCION MILITAR

Ya nos hemos referido en un momento precedente a cómo nos encontramos en una sociedad connotada, entre otros rasgos, por una profunda transformación del sistema valoral. Las creencias básicas de que parte nuestro edificio espiritual, las tendencias intelectuales, el ritmo mental que penetra íntegramente nuestra estructura psicológica, y aun el aire de ideas que respiramos a toda hora y las mismas emociones anónimas que mueven a las muchedumbres, esto es, todo lo que integra lo que Ortega (174) llamara «la mitología de un pueblo», se encuentra transido por una profunda mutación. Pues bien, en este contexto resulta tremendamente significativa la persistencia o, más bien, la profunda resistencia al cambio, por parte de la institución militar, en cuanto afecta a su peculiar escala de valores, a su característico *ethos militar*.

Esta perdurabilidad de la escala de valores de la institución, esta resistencia al cambio de la misma, se conecta con circunstancias muy diversas que van desde la que se estima como inmutabilidad de las normas que rigen las Fuerzas Armadas de los países entroncados en la civilización occidental (175) hasta la permanencia de los principios que rigen la guerra (176). En torno precisamente a estos principios que rigen la guerra, los historiadores militares, como advierte Huntington (177), no cuestionan la existencia de unos «fundamental, inmutable, eternal, unchanging and unchangeable principles of war»; difieren acerca de su número y de su contenido, pero coinciden en considerarlos como «the fundamental core of military science». En todo caso, no puede dejar de hacerse notar que aun admitiendo la existencia de tales principios, su aplicación está sometida a un proceso de cambio constante por mor de las mutaciones tecnológicas y aun de la propia organización social.

Esta presunta inmutabilidad de la peculiar escala valoral de la institución encuentra un profundo eco en amplios sectores de las Fuerzas Armadas.

(174) JOSÉ ORTEGA Y GASSET: «La guerra, los pueblos y los dioses» (artículo publicado en *Summa*, el 15 de diciembre de 1915), en *Obras Completas*, tomo I, 7.ª ed., Revista de Occidente, Madrid, 1966, págs. 412-416, en concreto, pág. 416.

(175) Tal es la consideración que hace MARIANO AGUILAR OLIVENCIA en «La política militar», artículo publicado en *Reconquista*, núm. 341, agosto 1978, pág. 46.

(176) Así se razona en el artículo «Sin fisuras», en *Reconquista*, núm. 369, febrero 1981, pág. 50.

(177) SAMUEL P. HUNTINGTON: *The Soldier and the State. The theory and politics of civil-military relations*, op. cit., pág. 71.

En España, la revista *Reconquista*, que recoge una de las posibles líneas de pensamiento emergentes de la vida espiritual, racional o activa de los militares españoles (178), nos ofrece una buena prueba de cuanto acabamos de significar (179).

Esta permanencia de una serie de valores y principios no se sostiene a título de pura abstracción, sino que de ella se infieren consecuencias prácticas que afectan a la propia institución; y así, se advierte que hay principios en la vida de los ejércitos que no pueden cambiarse por afectar a la esencia misma de la vida militar (180), y teniendo como punto de referencia la reforma militar emprendida en España, se manifiesta (181) que una reforma de tal naturaleza, aun cambiando el estado de las cosas, debe dejar en pie el modo de ser de la institución misma.

En todo caso, la problemática sustancial de la cuestión que nos ocupa se suscita si se confronta la pretendida perdurabilidad de una escala de valores de un grupo social, el grupo militar, que vive enmarcado por un contexto social caracterizado por una crisis valoral verdaderamente notoria. Pero aún nos

(178) De la autodefinición de la propia revista *Reconquista*, editorial del número 397, agosto-septiembre 1983, pág. 5.

(179) Múltiples son las manifestaciones que se orientan en la referida posición. Destacaremos, sin ánimo exhaustivo, algunas de ellas. La escala de valores de las FAS, se afirma (GOVANTES: «Religión y milicia», en *Reconquista*, núm. 402, marzo 1984, pág. 12), permanece intacta. El uniforme, se dice en otra ocasión (FEDERICO FERNÁNDEZ MENDIETA: «El uniforme, en crisis», en *Reconquista*, núm. 367, diciembre 1980, pág. 53), sigue representando los mismos valores que antes. Y en otro momento se hace constar que los avances de la ciencia podrán modificar nuestras condiciones de vida, pero no la esencia del ser (PEDRO DE CÓRDOBA: «Esfuerzo, disciplina y respeto a los mayores», en *Reconquista*, núm. 342, septiembre 1978, pág. 42). Asimismo, las virtudes militares llegan a ser consideradas como constitutivas de un código de valores eternos (LUIS SÁEZ DE GOVANTES: «El ejército y la política», en *Reconquista*, número 343, octubre 1978, pág. 50), haciéndose hincapié igualmente en que el estamento militar se mantiene indemne frente a todos los avatares políticos y sociales (entrevista a monseñor Elías Yanes, en *Reconquista*, núm. 346, enero 1979, págs. centrales). Como consecuencia de todo ello, se llega a la conclusión de que los militares se sienten responsables de la custodia de valores sublimes («Así piensan los militares», opinión de don JAVIER PARDO DE SANTAYANA, en *Reconquista*, núm. 366, noviembre 1980, págs. 6-7), porque España —tal y como se constata en otro lugar («La guerra, la paz y la conciencia», mesa redonda, en *Reconquista*, núm. 348, marzo 1979, pág. 5)— encierra valores tradicionales que la hicieron pueblo y le dieron singularidad histórica en medio del mundo, y esos, precisamente, son los valores que permanentemente se deben defender.

(180) GABRIEL MARTÍNEZ GARCÍA: «Necesidad de la reforma», en *Reconquista*, núm. 340, julio 1978, pág. 57.

(181) «¿Qué es una reforma militar?», editorial de *Reconquista*, núm. 399, diciembre 1983, pág. 5.

encontramos con otra circunstancia que dificulta aún más si cabe tal presunta inamovilidad valoral; nos referimos al influjo, ya comentado con anterioridad, que los avances de la tecnología han ejercido sobre la misma naturaleza de los ejércitos. Vamos a referirnos de inmediato a ambas cuestiones con un mayor detenimiento.

I. El cambio sociocultural, ínsito a nuestra sociedad, afecta en una triple vertiente a la conservación de la escala de valores de la institución armada:

A) En cuanto implica la exaltación de una filosofía materialista de la vida, que difícilmente encaja con la filosofía que ha movido a la institución militar, que frente a la exaltación, hoy común, de pequeños códigos morales, tenía como único norte la preocupación por los grandes principios morales y trascendentes (182).

B) En cuanto entraña una quiebra de los valores morales tradicionalmente venerados y mantenidos como sagrado depósito por los ejércitos.

C) En cuanto supone la consagración de un proceso de secularización que se opone abiertamente a la espiritualidad que, se dice, prima en la institución castrense.

Este tríptico de consideraciones, que, como parece obvio, bien pueden unificarse en el hecho, fácilmente constatable, de que en las sociedades occidentales, como ya pusiéramos de relieve, se viene produciendo desde hace cierto tiempo un claro proceso de transvaloración, fruto de una filosofía acentuadamente hedonista de la vida y que se enmarca en el proceso de cambio sociocultural característico de aquella sociedad, suscita una honda preocupación entre los miembros de las Fuerzas Armadas. No creemos equivocarnos si decimos que en la tercera etapa de la revista de pensamiento militar *Reconquista*, esto es, en sus últimos seis años, constituye sin ningún género de dudas el motivo central de preocupación de quienes en ella colaboran.

La razón de esa preocupación parece evidente. El hombre, como señalara el actual ministro de Defensa, señor Serra, y es sentir unánimemente admitido por los miembros de los ejércitos, es el elemento más importante de esos ejércitos (183), es su factor principal, pero la fuerza de los ejércitos no crece en razón del número de hombres que los componen, sino, mucho más, del espíritu que los anima (184). Y el militar es obvio que no es un hombre separado de la sociedad; presentará características más o menos peculiares

(182) Cfr. al respecto «Reflexiones sobre milicia. La educación moral», en *Reconquista*, núm. 371, abril 1981, págs. 10-11.

(183) Cfr. al respecto VALERIANO GUTIÉRREZ MACÍAS: «El hombre, elemento más importante del ejército», en *Reconquista*, núm. 402, marzo 1984, pág. 15.

(184) Editorial de *Reconquista*, núm. 402, marzo 1984, pág. 5.

respecto de los miembros de otros grupos sociales, pero en definitiva pertenece a esa sociedad y difícilmente podrá sustraerse de su influjo; de ahí que, en mayor o menor grado, se vea afectado por esa triple vertiente del cambio sociocultural hoy característico de la sociedad en que nos toca vivir, y en cuanto tal hecho se produce, se estima que se estará poniendo en peligro el mismo «ser de los ejércitos».

La preocupación ante la referida triple vertiente del cambio sociocultural, esto es, de la transvaloración actual, encuentra cumplido eco en las páginas de *Reconquista*, como vamos a tratar de mostrar.

a) La primera de las preocupaciones se centra en el materialismo característico de nuestra sociedad, que es considerado como una mutilación del hombre, una apreciación sectorial de su naturaleza (185). Se constata que la filosofía que impera en el mundo occidental es materialista y hedonista (186), y se afirma que llegará un día, una circunstancia, en que nos dejaremos llevar por una moral de situación, por una ética de compromiso comercial, sin saber discernir ya entre lo bueno y lo malo (187). Y es que la consecuencia de este contexto es que vivimos en tiempos de confusión, de ausencia de ideas claras en las mentes y de intranquilidad en los espíritus (188); a su vez, todo ello produce un desequilibrio entre la libertad de hacer el bien y la de hacer el mal, fácilmente constatable en la sociedad de hoy, que por otro lado se estima que se halla mal defendida contra los abismos de la decadencia humana (189). Se llega a hablar incluso de una crisis de civilización (190) o de un ocaso de tal civilización, pues se estima (191) que la crisis de ahora, llamada económica, es más profunda. Antes que la energía para el hombre había desaparecido la «energía del hombre», la del espíritu, la de su propia humanidad. Todos los valores están trastocados, invertidos y subvertidos. El hombre de hoy, se concluye, cree poco o no cree nada que no sea tangible,

(185) PEDRO DE CÓRDOBA: «Materialismo y amor», en *Reconquista*, núm. 374, julio-agosto 1981, pág. 59.

(186) CARLOS RUIZ BALLESTEROS: «Servicio militar», en *Reconquista*, núm. 344, noviembre 1978, pág. 60.

(187) LUIS SÁEZ DE GOVANTES: «Ni tanto ni tan calvo», en *Reconquista*, núm. 346, enero 1979, pág. 13.

(188) ARTURO GARCÍA-VAQUERO Y SALAZAR: «Confusión y claridad», en *Reconquista*, núm. 367, diciembre 1980, pág. 7.

(189) PEDRO DE CÓRDOBA: «El ocaso del valor (I)», en *Reconquista*, núm. 383, mayo 1982, pág. 59.

(190) FERNANDO ALCÁZAR SOTOCÁ: «¿Crisis de civilización?», en *Reconquista*, núm. 342, septiembre 1978, pág. 13.

(191) GOVANTES: «El ocaso de una civilización», en *Reconquista*, núm. 355, noviembre 1979, pág. 13.

para ser consumido o gozado, para servirse de ello, en definitiva, para vivirlo (192).

b) Una segunda preocupación bien tangible es la que se detecta frente a la quiebra de los valores morales tradicionales.

Se afirma al respecto que nuestra sociedad se rige por una moral de conveniencia, que se fija más en la ética profesional que en la trascendencia (193). Se cree que la escasez de valores espirituales quizá haya forjado un pragmatismo, una visión positivista de la vida por encima de todo lo demás (194), causante de la flagrante inversión de valores actual (195), de que los valores espirituales hayan pasado a un segundo término (196) y, en definitiva, de que, desterrados los principios éticos y morales, haya quedado adormecida la conciencia (197).

Pero con ser todo ello extremadamente grave, la mayor gravedad reside, según se afirma (198), en el hecho de la atonía social, de la indiferencia y cuasi «aceptación» de dicha situación como signo de los tiempos, lo cual, a su vez, no es sino la última consecuencia de la permisividad de la sociedad en que vivimos. La sociedad permisiva (199) es aquella que rechaza toda norma superior vinculante, formada por hombres que se dicen autónomos cuyo humanismo carece de toda dimensión trascendente. Esta permisividad choca frontalmente con el mismo «ser de los ejércitos», pues se apostilla (200) que mientras lo habitual en la vida militar es la existencia serena de sus miembros en el marco de una comunidad profesional más atenta al cumpli-

(192) Manuel Sabater («Consumismo. Publicidad», en *Reconquista*, núm. 368, enero 1981, págs. 60-61) llega a decir: «Algunos comparan con cierto fundamento la situación presente con la del Bajo Imperio Romano, poco antes de su desmembración.»

(193) GOVANTES: «Moral de situación», en *Reconquista*, núm. 373, junio 1981, pág. 13. El propio autor, en otro artículo («¿Crisis de conciencia?», en *Reconquista*, núm. 392, marzo 1983, pág. 11), apunta lo siguiente: «Existe un predominio del estar sobre el ser. Y sólo queda el recurso de la personalidad con moral sólida para poder contemplar el espectáculo de lo inmoral o amoral.»

(194) GOVANTES: «Compleja realidad», en *Reconquista*, núm. 391, febrero 1983, pág. 12.

(195) JOSÉ M. GARCÍA SIEIRO: «Reflexiones», en *Reconquista*, núm. 366, noviembre 1980, pág. 64.

(196) JOSÉ FAURA MARTÍN: «Los amigos de la muerte», en *Reconquista*, núm. 367, diciembre 1980, pág. 58.

(197) JOSÉ LUIS TAFUR: «La infidelidad, mal social», en *Reconquista*, núm. 367, diciembre 1980, pág. 64.

(198) PEDRO DE CÓRDOBA: «Cristianos sin Epifanía», en *Reconquista*, núm. 357, enero 1980, pág. 56.

(199) J. GARRIDO ARROGUÍZ: «Una sociedad permisiva», en *Reconquista*, número 365, octubre 1980, pág. 67.

(200) Editorial de *Reconquista*, núm. 398, octubre 1983, pág. 5.

miento de órdenes que complaciente con la autonomía de sus miembros, en la sociedad, contrariamente, se hace hábito de la permisividad, esto es, hace de la situación de permiso una norma permanente de conducta; contempla el estado de servicio como una excepcionalidad que en cada caso ha de ser justificada no por el bien que engendra, sino por el mal que evita.

c) El proceso de secularización, con la consiguiente postergación de todo lo espiritual, suscita asimismo una generalizada preocupación.

Y así, se aventura que posiblemente uno de los indicios de la decadencia de la sociedad occidental sea el que se está volviendo la espalda a los valores que conceden la supremacía a las fuerzas espirituales (201). Un autor tan prestigioso como García Escudero (202) constata que a un período de primacía incontestada de las ideas de jerarquía y subordinación de los individuos a principios trascendentes ha sucedido otro en el que en sus manifestaciones extremas, pero quizá más significativas, no ya aquellos valores, sino los últimos fundamentos de la sociedad son desconocidos e incluso se niega la existencia de normas objetivas que se impongan a la autonomía plena de cada cual para dictarse las suyas. Se advierte que, fruto de la subordinación de casi todo a lo material, es que en nuestra sociedad existe un vacío físico y aun espiritual (203). Y el propio equipo de la revista que estamos examinando, al marcar el «rumbo de *Reconquista*» (204), al analizar el entorno propio, llega a la conclusión de que los grandes valores espirituales están en entredicho. La enorme marea materialista los azota implacable y ferozmente. En definitiva, se muestra una gran preocupación por el «clima de descolonización espiritual» en que vivimos (205).

Sin embargo, ante esta triple manifestación de la crisis o, si se prefiere, del cambio sociocultural característico hoy por hoy de nuestra sociedad, se postula no una actitud de pasividad o mera displicencia, sino, por contra, una actitud orientada a la reacción, en definitiva, una capacidad de reacción (206). Esa reacción debe orientarse en varias direcciones.

(201) Cfr. al respecto, JUAN ARENCIBIA: *Los valores morales de las Fuerzas Armadas*, Editorial Católica de Santa Cruz de Tenerife, 1980.

(202) JOSÉ M.º GARCÍA ESCUDERO: «La autoridad», en *Reconquista*, núm. 392, marzo 1983, pág. 42.

(203) ARTURO GARCÍA-VAQUERO Y SALAZAR: «Ausencia», en *Reconquista*, número 381, marzo 1982, pág. 60.

(204) «El rumbo de 'Reconquista'», en *Reconquista*, núm. 347, febrero 1979, páginas 8-9.

(205) PEDRO DE CÓRDOBA: «Religión, patria, milicia», en *Reconquista*, núm. 345, diciembre 1978, pág. 58.

(206) CARLOS ROMERO DE TEJADA: «Capacidad de reacción», en *Reconquista*, núm. 368, enero 1981, pág. 51.

En primer término, hacia la búsqueda de una vía trascendente de la vida. «Es necesario —se subrayará (207)— no dejarse arrollar por el torbellino babélico del mundo que nos rodea; es necesario darnos a nosotros mismos un punto de referencia, una guía orientadora, un sentido para la vida, a fin de que sea verdaderamente trascendente.»

En segundo término, y frente a la permisividad de la sociedad circundante, se postula que la institución militar reaccione reafirmando su carácter particularizado. «Entre la sociedad permisiva y la comunidad obediente (que tiene que ser toda organización militar) hay una profunda diferencia, nada fácil de explicar en los períodos de paz. La clave de la solución —se subraya (208)— está en la defensa eficaz de la definición del ámbito castrense como un sector muy particular de una sociedad pluralista.»

En tercer lugar, la reacción debe encaminarse a la consecución del rearme moral de la nación. «Desde el punto de vista de la Defensa Nacional y desde los altos intereses de la patria, es absolutamente necesario conseguir la síntesis de todas las posibles contradicciones de la sociedad para reencontrarse con valores de orden moral permanentes, sentidos por todos y con la suficiente fuerza para arriesgar la vida por ellos. Y estos valores tienen escasa eficacia si no alcanzan a toda la población» (209). Es necesario, pues, emprender una amplia, persistente y resolutiva campaña de rearme moral del combatiente (210), que debe ir unida de modo imprescindible a un rearme ideológico de la sociedad, ya que no debe olvidarse que la dimensión moral tiene una base esencialmente individualista y la moral colectiva será el resultado de los valores éticos aceptados por los componentes del grupo (211). «Es un axioma —se concluye (212)— que un pueblo sin moral está llamado a desaparecer lo mismo que está condenado a la derrota cualquier ejército, por magníficos que sean sus medios, si sus componentes se desmoralizan, pierden la moral» (213).

(207) SALVADOR MÉNDEZ ROCAFORT: «¿Cuál es el eje de la vida humana?», en *Reconquista*, núm. 397, agosto-septiembre 1983, pág. 51.

(208) MIGUEL ALONSO BAQUER: «Tres respuestas positivas», en *Reconquista*, número 389, diciembre 1982, pág. 39.

(209) Teniente general AROZAMENA: «Defensa Nacional (Lección de clausura de curso en el CESEDEN)», en *Reconquista*, núm. 353, agosto-septiembre 1979, págs. 62-63.

(210) PEDRO GARCÍA ZARAGOZA: «La moral del combatiente», en *Reconquista*, número 346, enero 1979, pág. 49.

(211) CARLOS RUIZ BALLESTEROS: «Moral y la moral», en *Reconquista*, núm. 352, julio 1979, págs. 50-51.

(212) E. FUENTES G. S.: «El libro rojo del cole ('Goma-dos' contra la Defensa Nacional)», en *Reconquista*, núm. 359, marzo 1980, págs. 4-6, en concreto, pág. 6.

(213) La doctrina de empleo táctico y logístico de las Armas y de los Servicios

Pero por encima de cuanto acabamos de apuntar, existe un clamor generalizado respecto a la necesidad de firmeza en las convicciones propias frente a lo que se considera como transitorio o accidental.

«Necesitamos —se afirma— firmeza en las convicciones. No tenemos nada de qué arrepentirnos quienes durante toda nuestra ya larga vida profesional hemos servido bien y fielmente al Ejército de España» (214). En otro lugar, y con referencia al conjunto de la colectividad nacional, se pone de relieve que lo malo no es ser débil, sino que la nación no tenga conciencia de su debilidad (215), pues sólo así se podrá asumir tal debilidad al objeto de poder hacerle frente. La convicción, junto al pensamiento y al amor, llegan a ser consideradas como «el eje diamantino del hombre» (216).

Como puede deducirse con facilidad de cuanto acabamos de transcribir, es muy acentuada la preocupación entre los miembros de la milicia por las diferentes manifestaciones de esta crisis o cambio sociocultural por el que atraviesa nuestra sociedad en particular y las sociedades occidentales en general. Ahora bien, la institución armada, ¿permanece del todo ajena a tal crisis? Es obvio que no. Quizá sea exagerado afirmar, como se ha hecho (217), que la vida militar sufre, como toda la sociedad, cambios de vértigo. Pero en todo caso es evidente, como sostiene Cabeza Calahorra (218), que las Fuerzas Armadas están compartiendo con otras instituciones, en el mundo occidental, la «crisis de identidad» que conturba hoy tantas profesiones, crisis que deriva no ya de lo anacrónico que, como indica el propio autor (219), puede parecer la existencia de hombres que, encuadrados en las instituciones militares, continúan rindiendo culto a viejas significaciones y principios que postulan la fidelidad a una jerarquía de valores no encabezados por lo útil ni por lo económico, sino con evidente raigambre en una postura caballerescas que ha largo tiempo ha pasado de moda en el mundo, sino de la influencia, auténticamente contradictoria frente a esas significa-

señala en el artículo 6: «De nada serviría disponer del más perfeccionado armamento si al hombre que lo ha de emplear le faltasen patriotismo, honor, disciplina, perseverancia, acometividad, abnegación y solidaridad.»

(214) ARMANDO MARCHANTE GIL: «Una llamada al deber y a la esperanza», en *Reconquista*, núm. 357, enero 1980, págs. 50-51.

(215) GOVANTES: «Conciencia de debilidad», en *Reconquista*, núm. 383, mayo 1982, pág. 13.

(216) JOSÉ L. TAFUR: «Desmoralización y esperanza», en *Reconquista*, núm. 361, mayo 1980, pág. 61.

(217) MARIANO VALLES BATEY: «Estímulos y exigencias», en *Reconquista*, número 349, abril 1979, pág. 56.

(218) MANUEL CABEZA CALAHORRA: «La socialización militar», *op. cit.*, pág. 5.

(219) MANUEL CABEZA CALAHORRA: *La ideología militar hoy*, *op. cit.*, pág. 201.

ciones y principios, que deriva del contexto social en que, en mayor o menor medida, deben integrarse los miembros de la institución militar. El mismo proceso de secularización —se advierte no sin razón (220)— repercute grandemente en la milicia porque, así como en las profesiones fundamentalmente productivas la ética profesional se encamina prioritariamente a la mejor realización de la tarea material encomendada, en las de tipo espiritual —y la milicia es considerada una de ellas—, las cuestiones de ética son mucho más complicadas y de difícil resolución. En todo caso, es evidente que aunque los ejércitos han incorporado parte del «espíritu industrial» a sus esquemas funcionales, en detrimento del *fighter spirit*, están muy lejos de homologarse con otros grupos sociales (221), en tanto en cuanto todavía —y pese a lo anterior— las ideas, valoraciones y normas particulares del grupo siguen permaneciendo bastante diferenciadas. Tan es así, que se llega a señalar que dentro del marco del *Welfare State* las contradicciones entre aquellas valoraciones y los valores de la sociedad plantean posiblemente el más complejo problema de acoplamiento entre el sistema militar y el político (222).

En definitiva, la milicia posee un sistema propio de relaciones morales peculiar de un grupo social que informa su conducta y que viene a constituir, dentro de la idea orteguiana, una ética propia, la ética militar, que se muestra esencialmente resistente al cambio, entre otras consideraciones de interés, porque no sería posible concebir un ejército que careciera de una elevada ética; si tal circunstancia se diera, estaríamos ante una horda o facción armada más que ante un auténtico ejército.

Como al efecto se advierte (223), tanto los fines que persigue la institución como los medios que utiliza podrían desvirtuarse si no existiera un rígido código de honor; éste prepara e incorpora hábitos y tradiciones que hacen posible un uso legítimo y responsable del poder. No en vano el poder físico y coactivo, la capacidad compulsiva y destructiva de los ejércitos, ha conducido siempre a la seguridad de que se basen en principios objetivos. Es cierto que la calificación ética de la institución no presupone la de sus miembros, pero no lo es menos que la exteriorización de ese conjunto de convicciones morales que fundamentan la actuación de los ejércitos en la vida de las comunidades políticas se aprecia, por lo general, en la conducta

(220) MANUEL CABEZA CALAHORRA: «La socialización militar», *op. cit.*, pág. 6

(221) HILARIO MARTÍN JIMÉNEZ: *Los valores morales de las Fuerzas Armadas en las Reales Ordenanzas de S. M. D. Juan Carlos I*, *op. cit.*, págs. 105-106.

(222) GWYN HARRIES-JENKINS: «Armed Forces and the Welfare State», en MORRIS JANOWITZ (ed.): *Civil-Military relations. Regional perspectives*, *op. cit.*, pág. 236.

(223) HERMANN OEHLING: *Valoración social de la ética militar*, *op. cit.*, págs. 4-5.

generalizada de sus miembros, pues propicia líneas de conducta habituales y en cierta forma permanentes.

II. Una segunda circunstancia que, en mayor medida si cabe que la anterior, dificulta la inmutabilidad de la escala de valores de la institución militar es el tremendo avance de las técnicas, el progreso tecnológico.

La guerra moderna ha incorporado a los ejércitos avances científicos y tecnológicos tan diversos que han llegado a revolucionar tanto la organización como los procedimientos de combate. La «eclosión de los servicios», órganos encargados de atender, con la obligada especialización, a cuanto precisen las tropas para vivir y combatir, incorpora a los ejércitos una concepción dinámica y pragmática de la guerra; a su vez, todo ello ha propiciado que la otrora predominante homogeneidad de los miembros de la institución castrense haya cedido el paso a una complicada integración de subconjuntos, entre los que a veces pueden detectarse bien marcadas diferencias, lo que, como resulta evidente, dificulta de modo sensible el mantenimiento de los valores propios de la institución.

Puede afirmarse hoy que la influencia de la tecnología sobre la mentalidad militar se halla sujeta a un proceso de continuo crecimiento. Los avances tecnológicos liberan posibilidades humanas que necesariamente operan sobre las convicciones más arraigadas de los integrantes de la milicia. Consecuencia de todo ello es la apertura de una problemática ética cada vez más dispar. La reconversión táctica que exige el empleo de las nuevas armas, los mortíferos y devastadores efectos de su utilización, e incluso la mayor deshumanización que entraña su empleo respecto de las armas más convencionales, son otras tantas circunstancias que, al operar una profunda transformación de los ejércitos, suscitan abundantes situaciones de conflicto, que en muchos casos han venido a replantear la cuestión de la vigencia actual de diversos conceptos éticos fundamentales.

Martín Jiménez (224) llega a considerar que la influencia de la tecnología sobre ese código peculiar de valores que da vida a la mentalidad militar es superior a la de ninguna otra fuerza. Este dato, desde luego, no puede ser ignorado en una valoración globalizadora de los ejércitos; por contra, debe ser tenido muy en cuenta, porque su importancia va a ser decisiva en el devenir. Su complejidad y continuo avance son antitéticos del inmovilismo irracional. Ello, como resulta evidente, entraña la necesidad de que la institución armada se mueva al tiempo en dos planos cuyos contenidos son

(224) HILARIO MARTÍN JIMÉNEZ: *Los valores morales de las Fuerzas Armadas...*, op. cit., pág. 37.

hasta cierto punto contradictorios: la atención para incorporar los nuevos avances tecnológicos y el mantenimiento de unos valores trascendentes de los que se considera como la depositaria (225). En la búsqueda de un punto de equilibrio, que pasa por la apertura a la sociedad, creemos puede estar la solución.

El auge de lo tecnológico, se constata en otro momento (226), tiende a hacer la sociedad militar del tipo competitivo, provocando una cierta similitud con el mundo de los negocios, con aceptación del beneficio económico, veneración de la objetividad científica y adopción consiguiente de una neutralidad moral. Tales circunstancias conducen a una conclusión que se estima inequívoca: una ideología tecnológica propiciará que el soldado no se sienta ya un combatiente —con toda su carga de grandeza y servidumbre—, sino el sirviente experto de un sofisticado sistema de armamento.

Ahora bien, a nuestro modo de ver, la profunda incidencia tecnológica no tiene por qué dar al traste con algunos de los principios más representativos del *ethos militar*: la obediencia, el honor, el patriotismo, el espíritu de servicio, la abnegación, etc.; estamos ante virtudes que, lejos de haber quedado obsoletas, siguen conservando plena vigencia, bien que se haga necesario, desde luego, una revisión de sus formulaciones clásicas al objeto de readaptar su contenido a las nuevas circunstancias existentes en la actualidad, pues la institución militar no puede ser un ente ajeno a la sociedad y al sentir social de cada momento.

III. La conjunción de esta dualidad de variables, esto es, de la crisis sociocultural que atraviesa la sociedad de nuestros días y del notorio influjo que sobre los ejércitos ejerce el progreso tecnológico, tanto en lo que a la organización militar se refiere como en lo que afecta a la propia mentalidad militar, ha tenido forzosamente que incidir en la escala valoral de la institución castrense. Es cierto, como apunta la doctrina (227), que los ejércitos, dentro de cada Estado, configuran un grupo social extenso, cuya naturaleza, medios y fines desbordan el ámbito normal integrativo de los demás. De ahí que sus características diferenciales permanezcan relativamente constantes a través del tiempo, a pesar de los procesos de cambio sociológico experimentado en las distintas comunidades.

Por otro lado, no es menos evidente que una de las misiones más trascendentales del militar debe ser la de ofrecer a la colectividad el ejemplo

(225) JESÚS MARTÍNEZ PARICIO: *Para conocer a nuestros militares*, op. cit., pág. 38.

(226) MANUEL CABEZA CALAHORRA: «La socialización militar», op. cit., pág. 6.

(227) HILARIO MARTÍN JIMÉNEZ: *Los valores morales...*, op. cit., pág. 104.

vivo de devoción a los grandes valores que no solamente a él, sino también a la patria, deben importar (228), despojándose al unísono de cuantos motivos de crítica fundada puedan separarle automáticamente de la sociedad (229).

En definitiva, no sólo se dan una serie de rasgos diferenciales que potencian el mantenimiento relativamente constante a lo largo del tiempo de la peculiar escala de valores de la institución militar, con lo que en el plano del ser parece que estamos ante una realidad más o menos constante que, si no de otro modo, se traduce en una resistencia al cambio valoral, sino que, al mismo tiempo, tal circunstancia —en el plano del deber ser— se presenta como un ideal deseable siempre que se conjugue armónicamente con las nuevas variables que inciden sobre la sociedad en general y sobre los ejércitos en particular. Esto es, los ejércitos, aun cuando sean un grupo un tanto autosuficiente y dotado de unas específicas peculiaridades, no pueden pretender su aislamiento social al objeto de preservar esa autosuficiencia, que debe estar en todo caso sujeta a límites concretos.

Aun sin ignorar la certeza de las apreciaciones de Janowitz (230) en torno al carácter cerrado de la comunidad militar: «The military community is a relatively closed community where professional and residential life have been completely intermingled», es lo cierto que el axioma de que una institución particular no puede válidamente ser considerada al margen de la sociedad a que pertenece es de aplicación, como constata Gutteridge (231), al instituto militar.

(228) JOSÉ M.^a GARCÍA ESCUDERO: «La misión del militar», en *Reconquista*, número 394, mayo 1983, pág. 57.

(229) No en vano S. M. el Rey D. Juan Carlos, en su discurso de la Pascua Militar de 1979, subrayaría que lo más importante de los militares es la preparación para la carrera que han elegido, el espíritu que les anima y las clásicas virtudes que les adornan (cfr. al respecto, *Reconquista*, núm. 347, febrero 1979, pág. 4). Y en fecha tan significativa como el 28 de febrero de 1981, en la Academia General Militar, don Juan Carlos volvería a insistir en la misma idea, recalcando la necesidad de cultivar los elevados valores del espíritu, porque deben prevalecer siempre en el hombre sobre el materialismo (cfr. al efecto *Reconquista*, núm. 370, marzo 1981, pág. 7). Y una vez más, en el discurso de la Pascua Militar de 1982, el Rey se reiteraría en las precedentes consideraciones, pidiendo a todos los miembros de la institución militar que las virtudes que les son propias estén llenas de contenido (véase *Reconquista*, núm. 380, febrero 1982, págs. 5-7). Recordemos por último las palabras del Rey pronunciadas en esta última circunstancia: «Que nuestras virtudes militares estén en todo momento llenas de contenido y que el honor, la palabra, la verdad, el compañerismo, el sacrificio y la abnegación, la dignidad y el amor a la Patria no constituyan conceptos vacíos.»

(230) MORRIS JANOWITZ: *The Professional Soldier...*, op. cit., pág. 177.

(231) WILLIAM GUTTERIDGE: *Military Institutions and power in the new States*, op. cit., pág. 130.

En definitiva, pues, el mantenimiento de sus peculiaridades en cuanto institución que cumple unas funciones muy específicas, debe compaginarse con la constitución de un todo inseparable en el que el conjunto pueblo-ejército debe quedar alentado por un ideal común, aun cuando esa circunstancia implique la afectación de alguno de los valores tradicionales de los miembros de la institución.

Se afirma al respecto (232) que aunque nos encontramos en nuestra sociedad sometidos a un proceso de cambio acelerado, que aun cuando las transformaciones en todos los campos sociales tienen un carácter universal, con mayor o menor incidencia en los comportamientos personales, lo cierto es que «el alma» de los ejércitos continúa incólume desde hace miles de años, y ello pese al terrible acelerón histórico de las últimas décadas. No nos cabe duda de la certeza de tal aserto en lo que a la pervivencia de los grandes valores se refiere —aun cuando, como ya hemos apuntado, algunos de ellos sean objeto de una nueva interpretación—, pues es obvio que un ejército sin disciplina, sin valor, sin sentido del honor, sin sentido de la autoridad y sin hacer del patriotismo el eje de su *ultima ratio*, no sería verdaderamente ejército. Ahora bien, no nos resulta menos evidente que los valores tradicionales de la institución —pese a su resistencia al cambio— deben fundirse en armónica concurrencia con las necesidades y expectativas que un mundo tecnificado y en cambio y evolución constantes demande (233), sin que además, a nuestro juicio, deba deducirse de tal circunstancia una pérdida de la identidad institucional.

Lo contrario sería en extremo peligroso, pues podría conducir a los ejércitos a imponer al conjunto de la sociedad su peculiar *ethos*, que si puede adquirir sentido en el marco de la institución armada, puede carecer de toda razón de ser en el marco más amplio de una sociedad plural. Y en último término, los ejércitos se enmarcan en una sociedad determinada, y su *ultima ratio* es la defensa de la misma, que nada tiene que ver con la imposición a esa sociedad de unas pautas de comportamiento. Es evidente, pues, la necesidad de una estrecha relación ejércitos-sociedad.

(232) JUAN ARENCIBIA: «¿Qué valores defienden los militares?», en *Reconquista*, núm. 395, junio 1983, pág. 30.

(233) En análogo sentido se pronuncia HILARIO MARTÍN JIMÉNEZ: *Los valores morales...*, op. cit., pág. 37.